

Fragmento de un relieve de la escuela de Rodas que representa a Homero coronado por las personificaciones de la "Ilíada" y la "Odisea" y aclamado por las nueve musas (Museo Británico, Londres).

Homero y los aqueos

En el umbral mismo de nuestra civilización occidental, dos grandes monumentos literarios sorprenden el ánimo por su magnitud y belleza: son las dos epopeyas griegas la *Iliada* y la *Odisea,* atribuidas desde la antigüedad a un bardo llamado Homero. Los antiguos nos dejaron solamente biografías fantásticas del poeta. Creyeron, eso sí, en la existencia de un cantor de profesión y ciego de nacimiento llamado Homero, posiblemente natural de Esmirna o de Chíos, porque usa un dialecto jónico y porque, refiriéndose en la *Ilíada* a Locris, dice que está al otro lado de la isla de Eubea, o sea en la costa occidental de aquélla, lo que no podría afirmar si hablara el autor desde la Grecia europea. Pero excepto estos dos datos, sólo fábulas conocemos acerca del supuesto autor de tales obras.

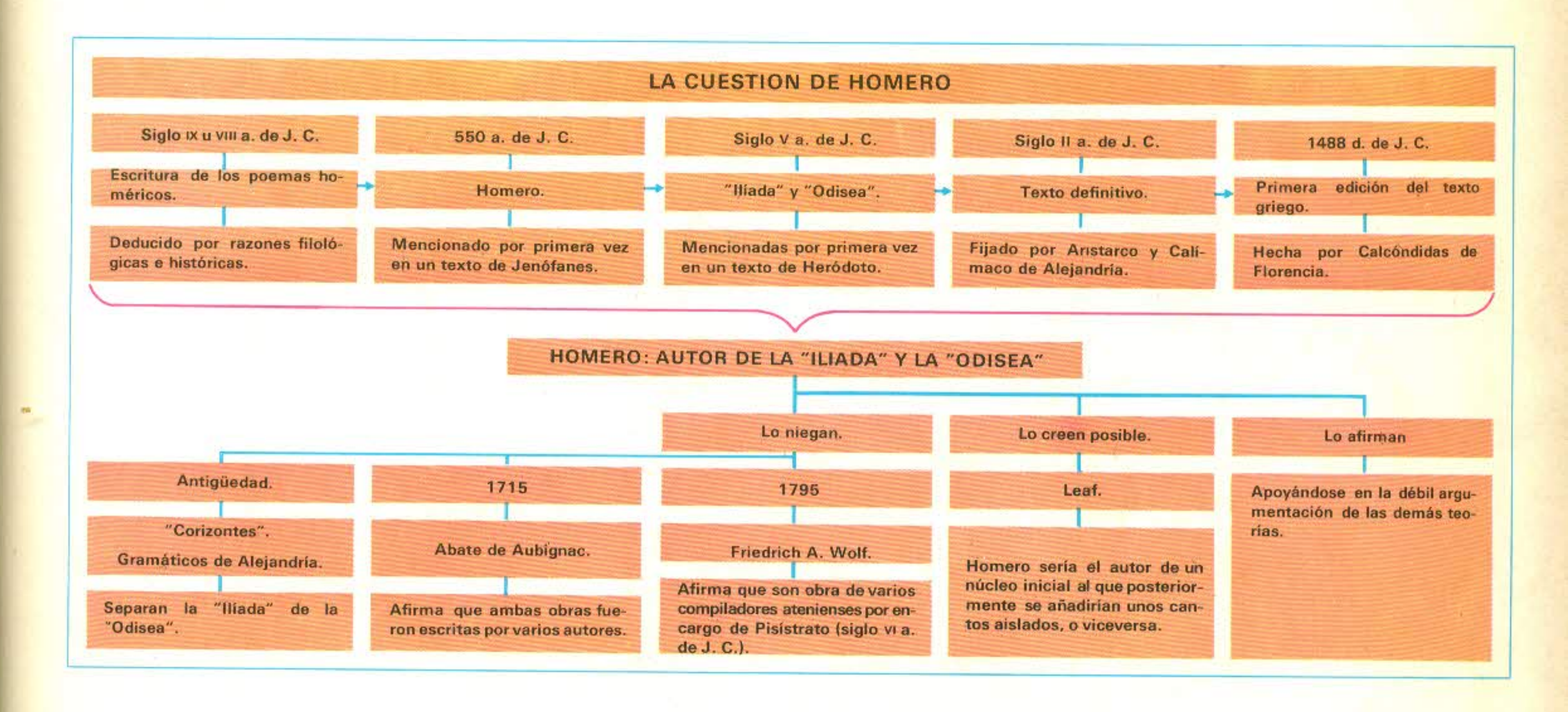
Por muchas razones filológicas e históricas, hoy se cree que los poemas homéricos datan del siglo VIII o IX a. de J. C. El nombre de Homero, sin embargo, no aparece mencionado hasta el año 550 por Jenófanes, y hasta un siglo más tarde no cita Heródoto la *Ilíada* y la *Odisea.* Existe, pues, un período de cerca de quinientos años en que reina la más completa oscuridad acerca de Homero y los poemas homéricos. El hecho de no ser mencionados no quiere decir que no existieran, pues no se explicaría la gran popularidad de que gozaban más tarde sin un largo período de tiempo para difundir su relato y labrar su reputación. Durante la época clásica, Homero era casi el único texto indiscutible de las escuelas y había eruditos que podían recitar de memoria trece mil versos de la *Ilíada* y otros tantos de la *Odisea.* En uno de los diálogos de Jenofonte, uno de los interlocutores dice así: "Deseando mi padre hacerme un hombre bueno, me obligó a aprender de memoria toda la poesía de Homero, de manera que ahora puedo repetir la *Ilíada* y la *Odisea* sin equivocarme".

Para enseñar y comentar a Homero había centros especiales; el más famoso era el de Chíos, donde un grupo de poetas que se llamaban "Los homéridas" pretendía hacer descender su tradición del propio Homero. En la edad de oro de la Grecia clásica son innumerables las manifestaciones de lo que podríamos llamar el culto de Homero. Oyendo Hierón, tirano de Siracusa, a Jenófanes, que criticaba la manera de presentar Homero a los dioses, replicóle diciendo: "Este Homero que vos criticáis tiene, no obstante estar muerto y enterrado, más de diez mil poetas que le sirven, mientras que



Plato de cerámica italiana que representa el juicio de Paris (Museo de San Martino, Nápoles). Este hecho mítico, premiado con el amor de Elena, está en el origen de la guerra de Troya.

vos, estando vivo, no podéis mantener ni siquiera un criado". Platón llama a Homero "el más sabio" y "el más divino de los poetas", "el poeta entendido en todas las cosas". Aristóteles, Virgilio, Horacio, Quintiliano, Séneca y Cicerón prodigan sus elogios al divino Homero; Sócrates muere recitando uno de sus versos, y al Petrarca se le encuentra muerto con la cabeza doblada sobre un manuscrito de la *Ilíada*. Milton imita a Homero sin escrúpulo. Goethe dice que sus poemas deben leerse cada año; Schiller no sabe cómo expresar su admiración, su agradecimiento; Mistral empieza su *Mirèio* llamándose "indigno aprendiz del gran Homero". Se suceden los siglos, las generaciones cambian de ideales, pero continúa hasta nuestros días el "culto" a Homero. Shelley dice: "¡Qué sería de nuestra humanidad si Homero y Shakespeare no hubiesen escrito!". Es indudable, dice el profesor Lang, de Cambridge, que si se nos diera a escoger entre Homero y toda la restante poesía griega, nos quedaríamos con Homero. Es el más anti-



guo, pero él solo pesa más que toda la subsiguiente producción literaria de Grecia. De los papiros griegos encontrados en Egipto con fragmentos literarios, la mitad son de la *Ilíada* y la *Odisea*.

Y lo sorprendente es que estos dos tesoros de maravillosa belleza han llegado hasta nosotros íntegros, perfectos, tal como los leían los griegos de la Grecia clásica. En las citas de los autores antiguos hay algunas variantes, hasta aparecen versos que no se hallan en nuestro texto, pero ello ocurre con todos los autores: son descuidos inevitables de los copistas. El texto definitivo, la que podríamos llamar edición crítica de Homero, no se redactó hasta el siglo II a. de J. C. y posiblemente la depuraron los bibliotecarios de Alejandría, Aristarco y Calímaco, pero éstos mencionan manuscritos de los poemas homéricos de Chíos, Chipre, Creta; de Sínope, en el mar Negro, e incluso de Marsella, en las Galias.

En un principio, los poemas homéricos debieron de transmitirse por tradición oral, como los Vedas y el Corán, y tantos otros textos sagrados. En la *Ilíada* y la *Odisea* nunca se hace mención de la escritura; en cambio, se habla de signos pictográficos. En la *Ilíada* precisamente se intercala la historia de un joven príncipe, llamado Belerofonte, quien despierta sin motivo los celos de un

Busto de Homero, autor de las grandes epopeyas del mundo griego (Museo del Louvre, París).



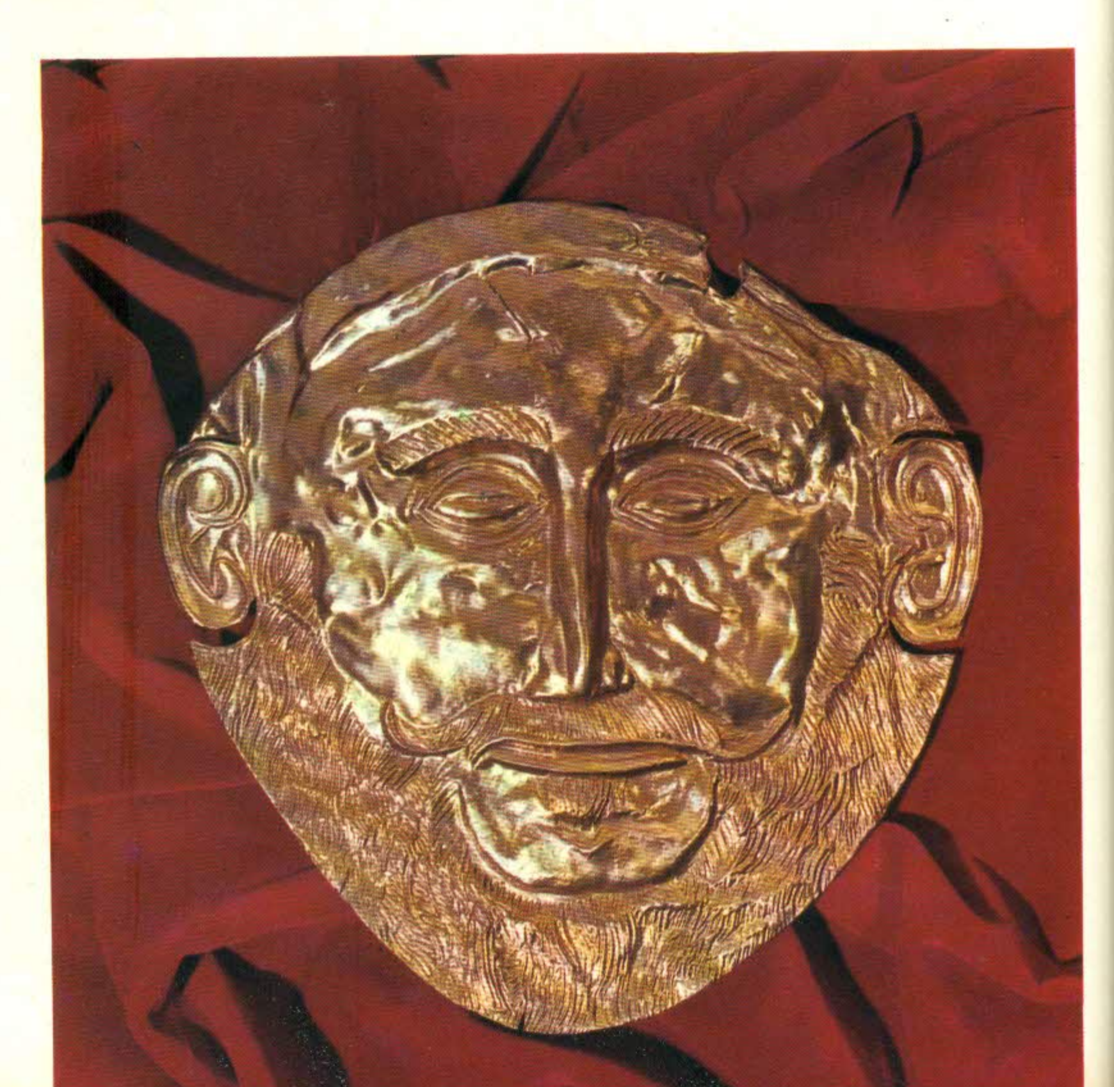
rey que le hospedara en el destierro; éste le envía a su suegro con un mensaje que Belerofonte no podía descifrar, pero que debía serle fatal si los dioses no le hubieran protegido. "Grabó (el rey) horribles signos en una tableta plegada, encargándole que la mostrara a su suegro para que éste le hiciese perecer." ¿De qué era esta tableta? Tal vez de metal, aunque más probablemente de arcilla, como las barras con signos que encontró Evans en Cnosos y también las de Pylos.

Actualmente empezamos a comprender el valor de estos signos. Un joven arquitecto inglés, comparándolos con otros análogos encontrados en Creta, ha podido descifrar algunas palabras que se asemejan a las del griego clásico.

Homero hace mención en la *Odisea* de cantores profesionales que acompañándose de la cítara improvisan o repiten viejos poemas que saben de memoria. Hasta personas de alcurnia que no tienen fama de poetas, como Aquiles, distraen sus ocios con el canto de poemas épicos. En la *Ilíada* se dice que Aquiles, pulsando una lira de que se había apoderado en el saqueo de una ciudad, "se deleitaba el alma cantando las glorias de los héroes antiguos".

Tomando todos estos datos sin prejuicios, he aquí lo que aparece claro: primero,

Detalle de la decoración de un kilix griego de principios del siglo V a. de J. C. que representa la escena del rapto de Elena por Paris (Museo Británico, Londres).



Máscara funeraria de oro hallada en las tumbas reales de Micenas, que se supone perteneció a Agamenón.

que antes de Homero hubo ya poetas griegos, más antiguos que él, por consiguiente, y que improvisaban cantos épicos; segundo, que estos cantos se transmitían por tradición oral, y que la *Ilíada* y la *Odisea* debieron de componerse antes de la introducción del alfabeto en Grecia; tercero, que al ser copiados en manuscritos ya tenían, poco más o menos, la estructura y la forma que tienen hoy; cuarto, que la edición definitiva, revisada y limpia de errores, no se fijó hasta el siglo II a. de J. C. en la biblioteca de Alejandría.

Si el lector ha leído con atención, observará que, a pesar de haber establecido estos cuatro puntos importantes, no conseguimos mucha luz acerca de Homero ni de cómo se produjeron las citadas epopeyas griegas. Vamos, pues, a informar al lector de la llamada "cuestión de Homero", la más fenomenal disputa literaria que han presenciado los siglos.

En la antigüedad nadie dudó de la existencia de un Homero, pero se levantaron sospechas acerca del número y de la autenticidad de sus obras. Además de la *Ilíada* y la *Odisea,* se atribuyeron a Homero otros poemas épicos, que se llamaron el "ciclo" homérico, y unos himnos religiosos, que tienen cierto valor épico. La paternidad de Homero para estos otros poemas e himnos no se sostuvo con calor: ya hemos visto que el joven del diálogo de Jenofonte dice que aprendió a Homero de memoria y puede recitar sus dos epopeyas, pero no menciona ni los himnos ni ningún otro poema. De manera que Homero queda reducido a estas dos obras, y sobre ellas se discute hoy al hablar de Homero. Pero hasta para las dos epopeyas empezaron las dudas en la antigüedad. Algunos gramáticos de Alejandría, llamados *corizontes,* o separatistas, trataron de separar la *Ilíada* de la *Odisea,* atribuyendo esta última a un autor diferente. No encontrando ninguna tradición en el pasado, no pudieron atribuirla a nadie ni tan sólo inventar un misterioso poeta para que fuera este segundo Homero autor de la *Odisea,* pero insistieron en que ambas obras no eran de un mismo autor.

Los primeros ataques serios contra Homero no empezaron hasta el siglo XVIII, en Francia. "*Il y a des savants* –dice Carlos Perrault–, *qui ne croient pas à l'existence d'Homère, et qui disent que l'Iliade et l'Odyssée ne sont qu'un amas de plusieurs petits poèmes de divers auteurs qu'on a joints ensemble. C'est l'avis de*



La musa Calíope, inspiradora de la poesía épica (Museo Vaticano, Roma).

EL HIERRO EN EL MUNDO GRIEGO

La aparición de objetos de hierro en Grecia no es más que el exponente de un estado de cosas que se había venido produciendo en el Asia Anterior desde hacía largo tiempo y constituye la cristalización de una serie de ensayos destinados a la obtención de este metal.

Aunque el hierro abunda en Grecia más que el cobre o el estaño, las dificultades de orden técnico que presentaban su extracción, fusión y transformación fueron la causa de la tardanza en utilizarlo a gran escala.

Sobre el origen del hierro existen numerosas dudas. Hoy se tiende a situarlo en pleno corazón del Cáucaso y se considera como descubridor a uno de los pueblos que desempeñaron un papel más importante en la historia del Próximo Oriente: los hititas.

Parece que su utilización tardó en propagarse debido a que los hititas, conscientes de la supremacía que les daba el uso de este metal, lo ocultaron a los pueblos vecinos.

A la caída del reino hitita, el trabajo del hierro se extendió a zonas más amplias: Siria, Palestina, Anatolia y Persia, teniendo en seguida aplicaciones a las actividades económicas. Así, por ejemplo, la agricultura experimenta un gran desarrollo merced a la aplicación de los diferentes instrumentos de hierro.

Dentro de este contexto debemos colocar la introducción del hierro en Grecia, que coincidiría con la invasión doria, siendo este pueblo el encargado de enseñar su uso en la Hélade. Con la introducción del hierro en Grecia se produce un evidente cambio en todos los sentidos, que acelerará el rendimiento agrario e industrial, así como el estrictamente militar de la Grecia posterior.

La utilización del hierro impulsó una mayor tala de árboles, una más amplia construcción naval, factor que contribuyó a la expansión marítima de las ciudades griegas, al mismo tiempo que en el interior condicionaba el surgimiento y posterior desarrollo de la *polis* con todas sus implicaciones en el marco de la antigüedad.

En la *Ilíada* y en la *Odisea* son escasas las menciones al hierro: unas veinticinco. Sin duda, el autor quiso omitir el tema por la misma razón que le llevó a silenciar la penetración doria en la península. Sin embargo, el hecho mismo de que se le escapen al autor algunas alusiones a la existencia de este metal revela que la explotación y aplicación del hierro eran ya un fenómeno conocido en el mundo griego posterior al II milenio antes de Jesucristo.

En la *Ilíada,* el autor intenta hablarnos de un episodio anterior a su época: la guerra de Troya. Para ambientar la narración procura no hablar más que de las cosas existentes en la época descrita. No obstante, se le escapan algunas alusiones a cosas posteriores a la época de la narración. En ambas obras se habla de algunos detalles que sólo pueden entenderse situados en la época histórica del autor. Así, por ejemplo, aunque al describir el armamento habla solamente de utensilios de bronce, sin embargo se le escapan alusiones al hierro en expresiones tales como "corazón de hierro", "punta de hierro", "hierro reluciente", etc. Además, y esto es fundamental, las organizaciones políticas, sociales y económicas que nos describe corresponden más a su propia época que a la del mundo micénico.

A. M. P.

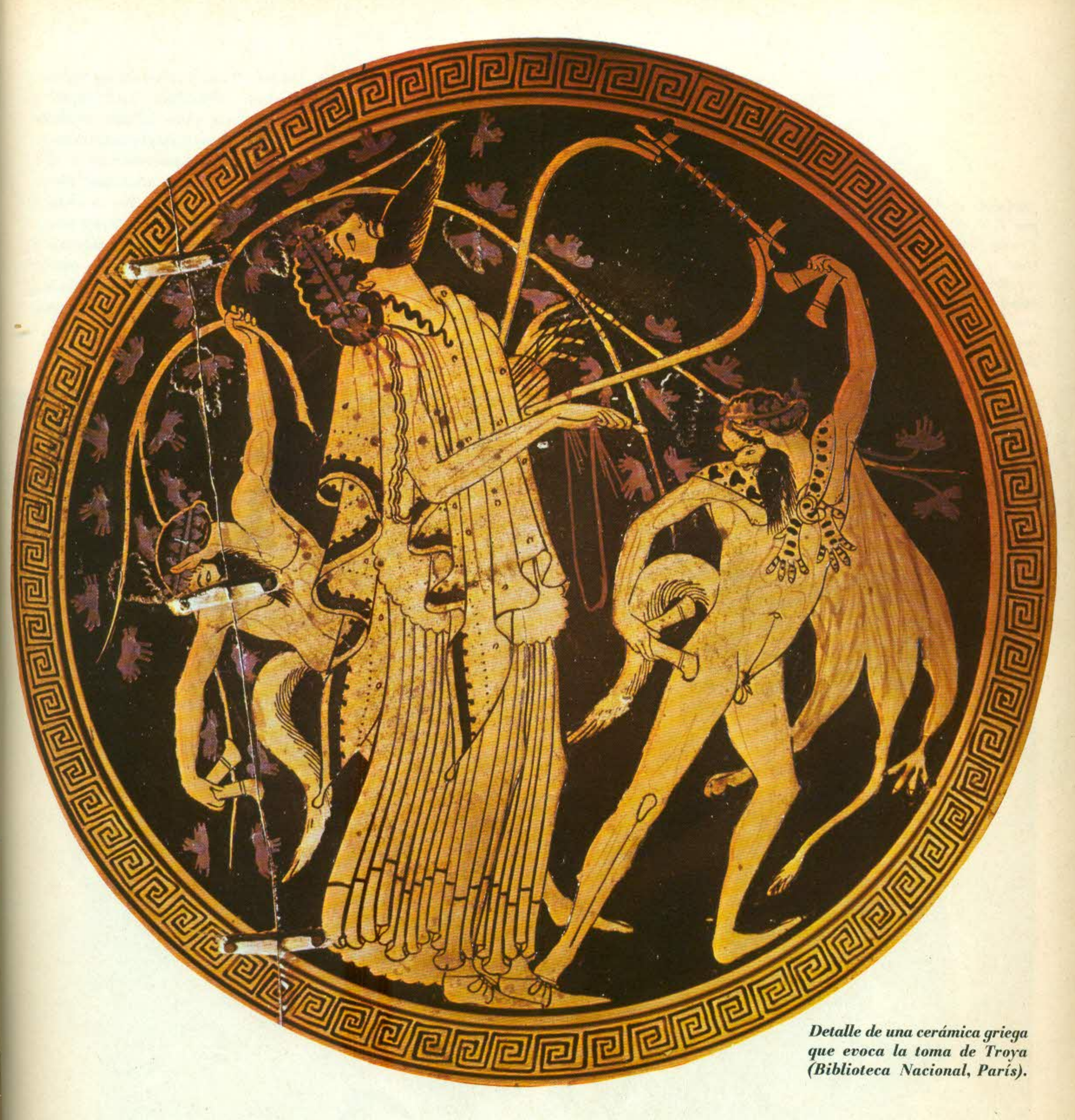


Anfora ática con una pintura que representa la despedida de un héroe, tema repetido en la épica homérica (Museo del Louvre, París).

très habiles gens. L'Abbé d'Aubignac n'en doutait pas, il avait des mémoires tout écrits."

Estas ideas del abate de Aubignac fueron repetidas y reforzadas con todo el aparato de la ciencia alemana por Friedrich A. Wolf, profesor de la universidad de Halle. Su libro *Prolegómenos de Homero,* publicado en 1795, causó gran sensación. Goethe, que se hallaba escribiendo entonces un poema épico, *Hermán y Dorotea,* parece respirar al verse libre de la pesadilla de un Homero inimitable. Le asustaba la grandeza insuperable de la *Ilíada* y la *Odisea.* ¡Si estos poemas, como decía Wolf, eran obra de varios poetas, ya no parecía tan milagrosa su aparición! No obstante, el mismo Goethe escribe a Schiller: "A pesar de las razones de Wolf, estoy cada vez más convencido de la unidad indivisible de la *Ilíada;* no hay, ni aparecerá nunca, nadie que pueda destruirla". He aquí, pues, toda la base de la disputa: los Goethe contra los Wolf, los poetas insistiendo en que la *Ilíada* y la *Odisea* tienen una unidad indivisible, y los críticos analizando cada concepto, discutiendo cada palabra para encontrar incoherencias, impropiedades y contradicciones.

Obsérvese que decimos incoherencias, impropiedades, contradicciones, y no decimos imperfecciones, porque hasta los críticos más severos confiesan que los versos o fragmentos cuya paternidad niegan a Home-



Detalle de una cerámica griega que evoca la toma de Troya (Biblioteca Nacional, París).

ro son de la mayor belleza. No es poesía lo que falta en aquellas obras, según los críticos, sino orden, encadenación y unidad. Pero cuando tratamos de averiguar lo que, poniéndonos de acuerdo con la crítica, debe considerarse como espurio en la *Ilíada,* con sorpresa nos encontramos ante una gran diversidad de opiniones. Los profesores de literatura, por lo general alemanes, que tratan de encontrar defectos de composición en Homero, disienten entre sí, y si les hiciéramos dividir la *Ilíada* y la *Odisea* en pequeños poemas cortos, notaríamos también que existe gran variedad en sus divisiones. La divergencia, pues, sigue en pie. La "cuestión de Homero" sigue apasionando los ánimos en el momento presente y quién sabe lo que durará, pero la balanza parece caer del lado de un solo Homero, único autor de las citadas epopeyas. He aquí, para resumir, las tres principales teorías sobre la elaboración de los poemas homéricos:

Primeramente la doctrina de Wolf, según la cual cantores primitivos venían repitiendo

desde muy antiguo *sagas* o cantos populares (que en castellano llamamos *romances*) de los héroes legendarios, tomando por asunto principal de sus cantares los episodios de la guerra de Troya y el regreso de los caudillos griegos a sus lares. Estos cantos populares fueron conocidos en Atenas al regresar Solón de sus viajes; por lo menos, consta que trabajó para enseñar cómo debían cantarse. Más tarde, continúa diciendo Wolf, en la misma Atenas, Pisístrato y sus hijos nombraron una comisión encargada de "codificar" la *Ilíada* y la *Odisea*, como Carlomagno, siglos más tarde, mandó coleccionar los antiguos cantos germánicos. Así, pues, siempre según Wolf y los que le siguen, aquellas obras serían de esos compiladores atenienses, y el legado que hizo Atenas a la humanidad. Hemos de advertir, sin embargo, que no existen referencias de gran antigüedad respecto a esta supuesta comisión literaria nombrada por Pisístrato para fijar el texto de los poemas homéricos; que los héroes de la *Ilíada* y la *Odisea* no son atenienses, y que Atenas

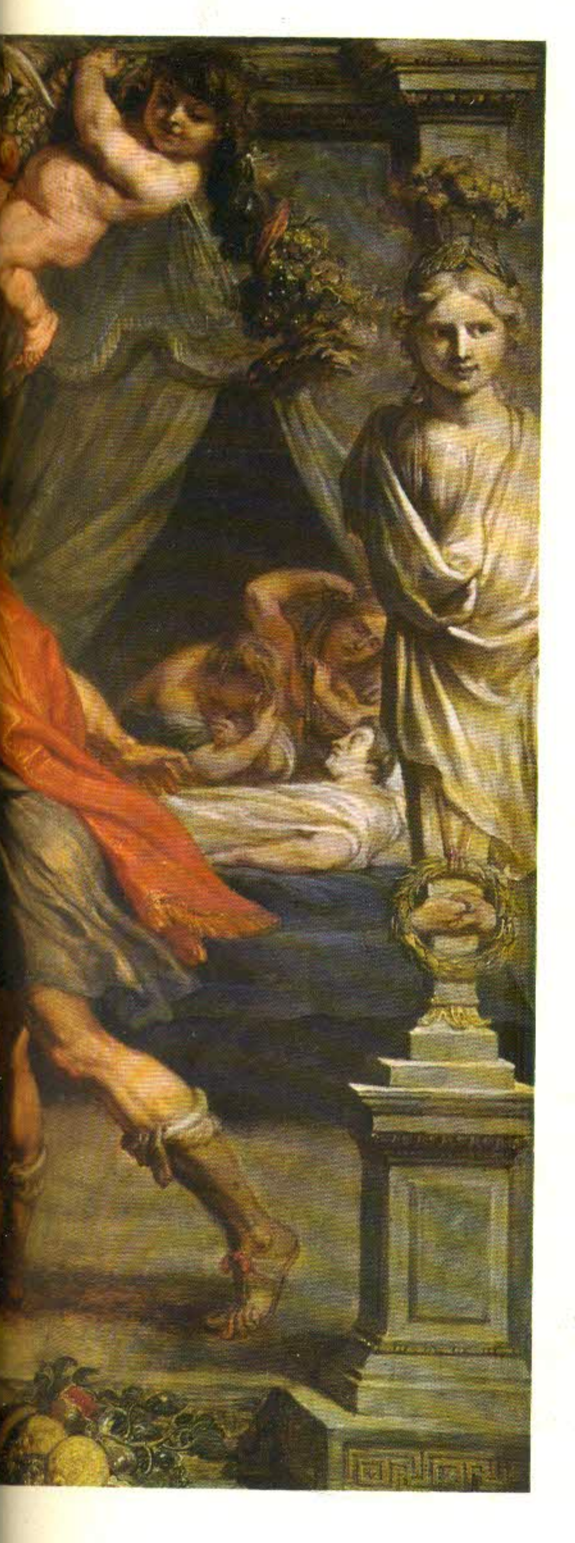
"Briseida devuelta a Aquiles", por P. P. Rubens (Museo del Prado, Madrid). Cuando, tras la muerte de Patroclo, Aquiles se reconcilió con Agamenón, éste le restituyó su esclava Briseida, con lo que acabó la cólera del héroe aqueo.



ocupa un lugar muy secundario en ambos poemas. A pesar de todo esto, la teoría de Wolf es aún tercamente sostenida en Alemania. He aquí algunas "frases académicas" acerca de este punto, verdadera prueba, si no de otra cosa, por lo menos del "furor teutónico": "La *Odisea* –exclama Fick–, en su composición, es un insulto a la inteligencia humana". Lachmann dice: "El que no quiera comprender que los poemas homéricos se compusieron con pequeños cantos populares, perderá el tiempo". Y, por último, Wilamowitz-Möllendorff, el famoso profesor de Berlín, se atrevió a calificar la *Ilíada*, en su redacción actual, de *ein übles Flickwerk* (un miserable trabajo de remendón).



Fragmento de un jarro jónico del siglo VI a. de J. C. con representación del carro de Aquiles arrastrando el cadáver de Héctor alrededor de las murallas de Troya (Museo Real de Arte e Historia, Bruselas).



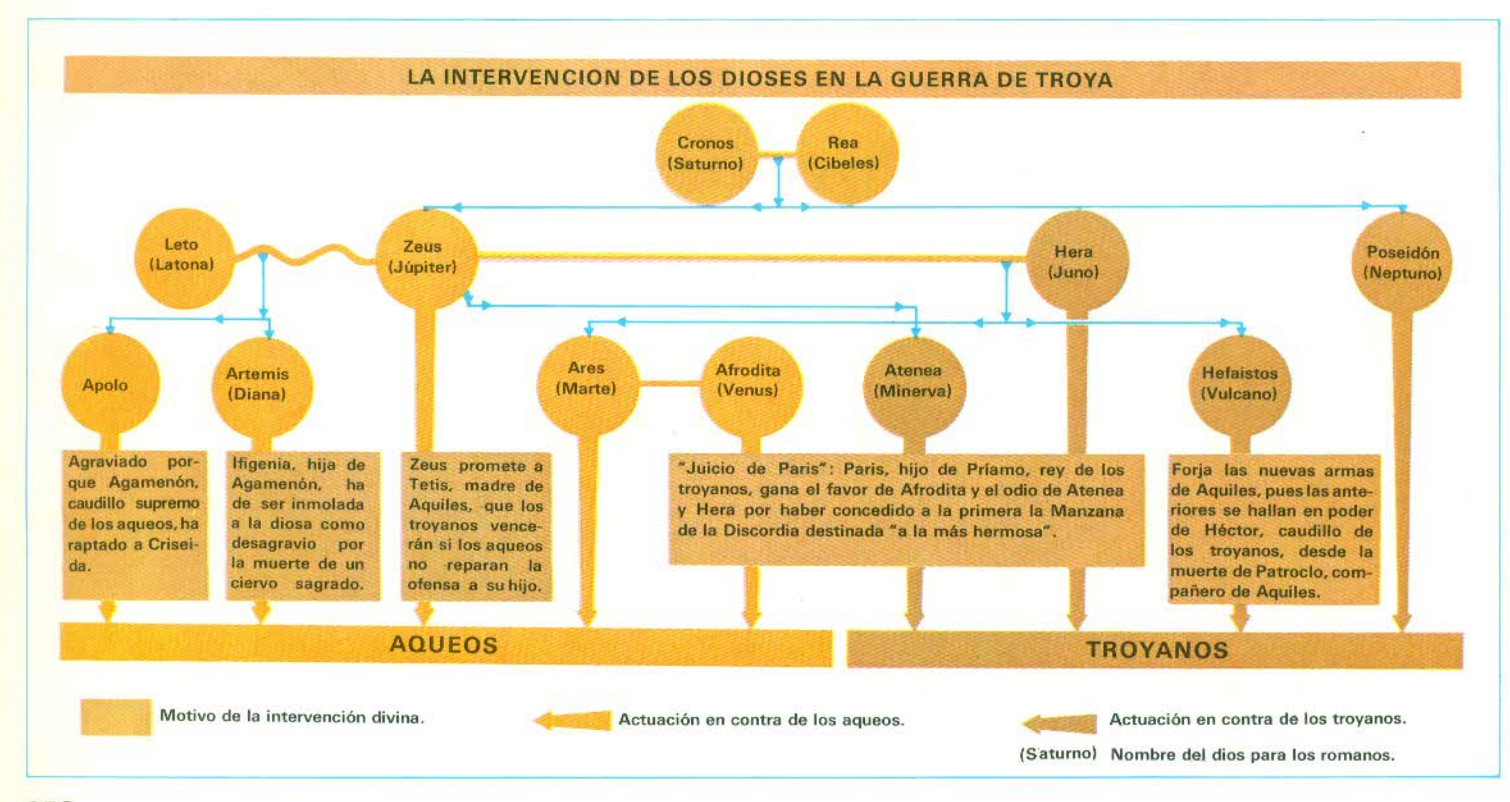
Una segunda escuela, representada en Inglaterra por Leaf, acepta la existencia de ciertos núcleos iniciales para ambas obras, a los que se agregaron cantos y episodios, algunos de ellos embelleciendo, otros estropeando el plan primitivo de los dos poemas. Los partidarios de esta teoría tampoco concuerdan en sus juicios. Para unos, lo que llamaríamos la entraña de la *Ilíada* es la cólera de Aquiles, para otros es Héctor el héroe principal; unos rechazan la antigüedad de la mayoría de los cantos, otros se limitan a expurgar de ellos cierto número de episodios como interpolaciones posteriores.

Finalmente, existen partidarios de una tercera teoría: sus representantes no pretenden probar ni negar que existiera el tal Homero, se limitan a poner de manifiesto la pobre argumentación de sus contrarios, y así Homero resulta triunfante sin lucha; su mejor defensa es su obra misma. La ironía crítica de estos modernos filólogos recuerda la burla de Luciano, que cansado ya en su tiempo de polémicas acerca de los dos poemas, dice que subió al Olimpo para consultar al propio Homero. Allí encontró al poeta sumamente irritado porque le separaban de sus libros y aseguraba, además, que había compuesto la *Ilíada* primero y la *Odisea* después. Luciano pudo convencerse entonces, por experiencia, de que Homero no tenía nada de ciego.

Skyphos ático del siglo V a. de J. C. con la escena de Príamo suplicando a Aquiles la entrega del cadáver de Héctor.



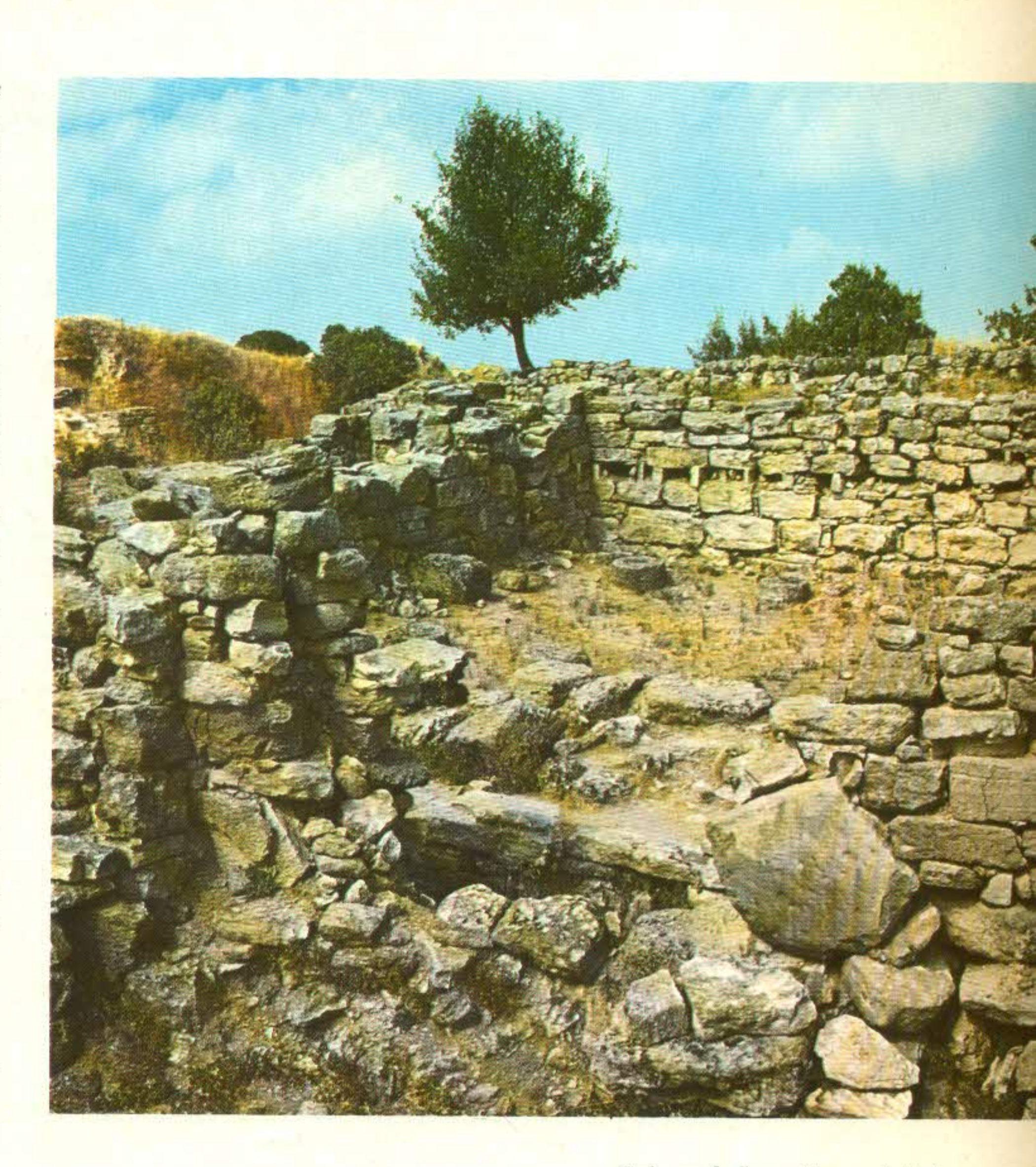
Así es que dentro de poco, probablemente, estaremos donde estábamos antes de comenzar. Creemos, pues, que si el lector ha llegado hasta aquí estará impaciente tras la descripción de una polémica literaria que no ha producido ningún resultado. Parecerá ridículo, en efecto, que concedamos al problema de los orígenes de aquellos poemas el mismo espacio que al problema de los orígenes de la vida en la Tierra o aun del origen de la Tierra misma. Pero recuerde el pacientísimo lector que la *Iliada* y la *Odisea* no son tan sólo dos monumentos literarios, sino también un archivo de información histórica y lo único que tenemos de su época, que es la primitiva de la Europa actual. Carecemos



de documentos e inscripciones del tiempo de Homero, carecemos hasta de monumentos, y hemos de valernos de tales obras si queremos conocer algo de los orígenes de la Grecia histórica. Y si, como decía Shelley, "todos somos griegos" y de Grecia recibimos nuestras leyes, nuestra literatura, filosofía y arte, la *Ilíada* y la *Odisea* tienen para todos nosotros un interés mucho más vital que el de su pura belleza artística. Son, podríamos decir, nuestra carta de nobleza, nuestra ejecutoria; hay, pues, cierto "interés de familia", para todos los occidentales, en saber cómo y por quién se redactaron.

Vamos a ver, por fin, en qué consisten estos dos poemas épicos. La *Ilíada* empieza diciendo que va a tratar de la cólera de Aquiles. Los griegos, llamados aqueos en la *Ilíada,* hace diez años que están sitiando una ciudad del Asia, a la entrada de los Dardanelos, llamada Troya, porque Paris, un hijo del rey de Troya, ha robado a Helena, esposa de Menelao, rey de Esparta. Llamados por Menelao y Agamenón, hermano del ofendido, los príncipes aqueos, aliados, súbditos o confederados de Agamenón y Menelao, se han reunido en Aulida, puerto del estrecho entre Grecia y la isla Eubea. De allí parte la armada.

Cada príncipe aqueo mantiene su autonomía, aunque todos reconocen superioridad en Agamenón, rey de Micenas y hermano del ofendido, Menelao. A menudo los capitanes del ejército acampado delante de



Ruinas de la antigua ciudad de Troya que datan, sin duda, de mucho antes de la guerra entre aqueos y troyanos. La sala central es el megarón, estancia principal y a veces única de las mansiones de la costa egea.

Fragmento de un manuscrito de la "Ilíada" con notas de Aristarco, el erudito bibliotecario de Alejandría.

ORGANISMOS DEL PODER EN LA GRECIA HOMERICA

La célula básica del mundo homérico era la sociedad gentilicia, agrupación de personas unidas por lazos de sangre, llamada también *gens* o *genos*, en griego. La *gens* estaba formada por la agrupación de personas descendientes de un antepasado común, mítico o real. Todos sus miembros estaban unidos entre sí por lazos de parentesco reales o ficticios. Los matrimonios dentro de la *gens* estaban prohibidos, los bienes pertenecían a la misma y entre sus miembros existía la obligación de socorrerse mutuamente en caso de necesidad. El excesivo crecimiento de la *gens* llevó a la aparición de la *fratría*, que en su origen era una *gens* madre escindida en varias *gens* hijas. Por último, la unión de varias *fratrías* con lazos de parentesco entre sí formaba la tribu. Dentro de cada tribu había los siguientes organismos de gobierno: un rey, un consejo de ancianos y una asamblea popular.

El rey era elegido en el seno de algunas de las *gens*. Tenía la triple potestad: militar, judicial y religiosa. Desde el punto de vista militar, era el jefe del ejército y el juez supremo, aunque estas funciones muchas veces se delegaban al consejo de ancianos; por último, el rey era el encargado de dirigir las actividades religiosas.

En los poemas homéricos encontramos huellas de estas atribuciones reales, pero se observa que el poder real no era muy fuerte. Aquiles insulta impunemente a Agamenón: "¡Borracho, que tienes cara de perro y corazón de ciervo!". "Rey devorador de tu pueblo, porque mandas a hombres abyectos... Manda a otros, no me des órdenes, pues yo no pienso obedecerte." Es claro que el poder de Agamenón no era tan grande como el de los reyes micénicos. En otro párrafo, Tersites, "el hombre más feo que llegó a Troya, pues era bizco y cojo de un pie, sus hombros concorvados se contraían sobre el pecho y tenía la cabeza puntiaguda y cubierta por rala cabellera", insulta así al rey de reyes: "¡Atrida! ¿De qué te quejas o de qué careces? Tus tiendas están repletas de bronce y tienes muchas y escogidas mujeres que los aqueos te ofrecemos antes que a nadie cuando tomamos una ciudad. ¿Necesitas, acaso, el oro que un troyano te traiga de Ilión para redimir al hijo que yo u otro aqueo haya hecho prisionero? ¿O, por ventura, una joven con quien goces del amor y tú solo poseas? No es justo que, siendo el jefe, ocasiones tantos males a los aqueos. ¡Oh cobardes, hombres sin dignidad, aqueas más bien que aqueos! Volvamos a la patria y dejémosle aquí, en Troya, para que devore el botín y sepa si le sirve o no nuestra ayuda". Tras esta invectiva el único castigo que recibirá será un golpe con el cetro y la amenaza por parte de Ulises de azotarle.

El poder central no es tan poderoso como para reprimir de una forma radical cualquier intento de sedición o de rebelión. Por otro lado, el rey goza de algunos privilegios: la mejor parte del botín en la guerra y otras ventajas, como la cesión de un lote particular de tierra. El poder real no era en un principio hereditario, pero los reyes tendían a hacerlo para poder conservar sus privilegios. De esta forma fue haciéndose exclusivo de la misma *gens* e incluso de la misma familia. Esto provocaría luchas por el poder, de las que son ejemplo elocuente las luchas de los pretendientes por conseguir el trono de Itaca, lucha que acabará con el retorno de Ulises y la muerte de los pretendientes.

El segundo organismo del poder era el consejo de ancianos. Estaba formado, en su origen, por los jefes de cada *gens* y más tarde, cuando el número de éstas se hizo muy numeroso, quedó reducido a una *élite* aristocrática. El consejo era el encargado de convocar la asamblea popular y en su sede se decidían los asuntos fundamentales de la vida de la tribu. El poder judicial del rey fue pasando gradualmente al consejo. Así, en la *Ilíada* hallamos al consejo de ancianos juzgando un litigio entre dos ciudadanos a causa del pago de una multa: "Los hombres estaban reunidos en el foro, pues se había suscitado una disputa entre dos varones a causa de la multa que debía pagarse por un homicidio: el uno afirmaba que ya la había satisfecho; el otro negaba haberla recibido, y ambos deseaban terminar el pleito presentando testigos. El pueblo se hallaba dividido en dos bandos, que aplaudían sucesivamente a cada litigante... Y los ancianos, sentados sobre pulimentadas piedras en sagrado círculo, tenían en las manos los cetros de los heraldos y, levantándose unos tras otros, publicaban el juicio que habían formado".

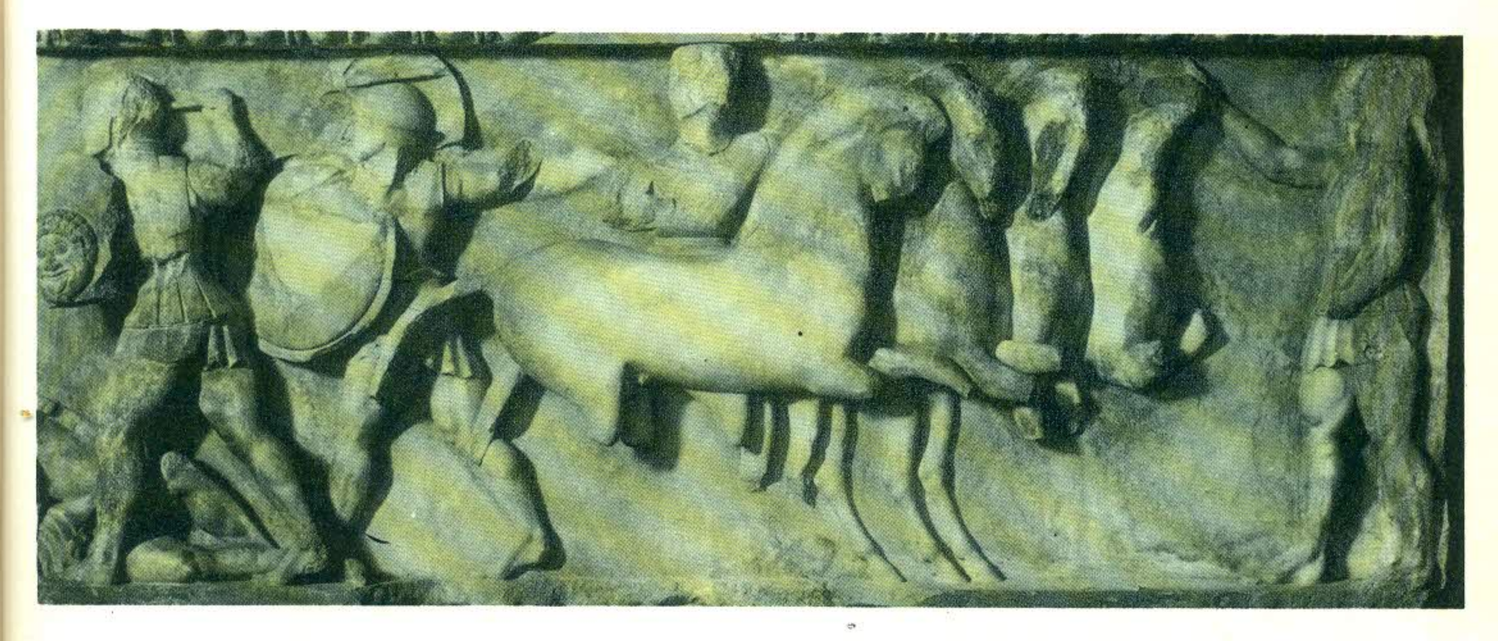
El tercer organismo del poder era la asamblea del pueblo. En los poemas nos encontramos con algunas convocatorias, aunque no eran muy frecuentes. En definitiva, los asuntos que exigían una decisión eran resueltos en la asamblea popular e incluso, si el asunto lo requería, se pasaba a votar, decidiendo la opinión de la mayoría. A medida que se iban descomponiendo las formas homéricas y se hacía inminente la aparición de la ciudad-estado, la asamblea era convocada con menor frecuencia. Un personaje de la *Odisea* se lamenta del largo tiempo transcurrido sin convocatorias: "Ni una sola vez fue convocada nuestra ágora, ni en ella tuvimos sesión, desde que el divinal Odiseo partió en las cóncavas naves".

En la administración de la justicia se advierte que los principios gentilicios comienzan a suavizarse. En una sociedad gentilicia, toda la *gens* es culpable del delito cometido por un miembro. Al principio recibía un castigo semejante a la pena y más tarde se va procediendo a la compensación económica, es decir, al pago a la *gens* ofendida de una multa capaz de condonar el delito. Por otra parte, el asesinato de un miembro de la *gens* por otro era severamente castigado. Basta recordar algunos ejemplos de la mitología griega: Edipo no halla reposo tras haber dado muerte a sus padres; Orestes, después de matar a su madre, es perseguido por las Furias. En la *Odisea*, Ulises, tras eliminar a los pretendientes, decide huir, pues teme la venganza de los parientes de aquéllos.

En este sentido, el mundo homérico se nos ofrece como una etapa histórica más de la humanidad. Tenemos que ir desentrañando las marañas inmensas de mitos y a través de ellos comenzaremos a ver desfilar a personajes anónimos que con sus actividades van a trastrocar todo el mundo helénico, produciendo una serie de cambios que, aprovechados y continuados por sus descendientes, producirán la ciudad-estado griega y con ello la gran aportación de la cultura griega al mundo posterior.

A. M. P.

Troya desobedecen a Agamenón, y aun Aquiles llega a insultarle, llamándole "cara de perro" y cosas peores; pero Agamenón mantiene su condición de jefe supremo, de *primus inter pares*. Pero volvamos al asunto de la *Ilíada*, o sea la cólera de Aquiles. Agamenón, abusando de su autoridad, ha tomado para sí una esclava de Aquiles y este atropello llena de rabia al héroe, el cual se retira a su campamento para vengarse, abandonando a sus aliados los aqueos. Sin la ayuda de Aquiles, los aqueos no pueden resistir a los troyanos, y éstos, guiados por Héctor, llegan hasta los navíos de los aqueos, que están varados en hilera a lo largo de la playa. El desastre es inminente: Agamenón, Menelao y otros héroes aqueos están heridos y fuera de combate; sólo en este instante Aquiles, sintiéndose vengado ya, y por propia seguridad, permite que su amigo Patroclo se

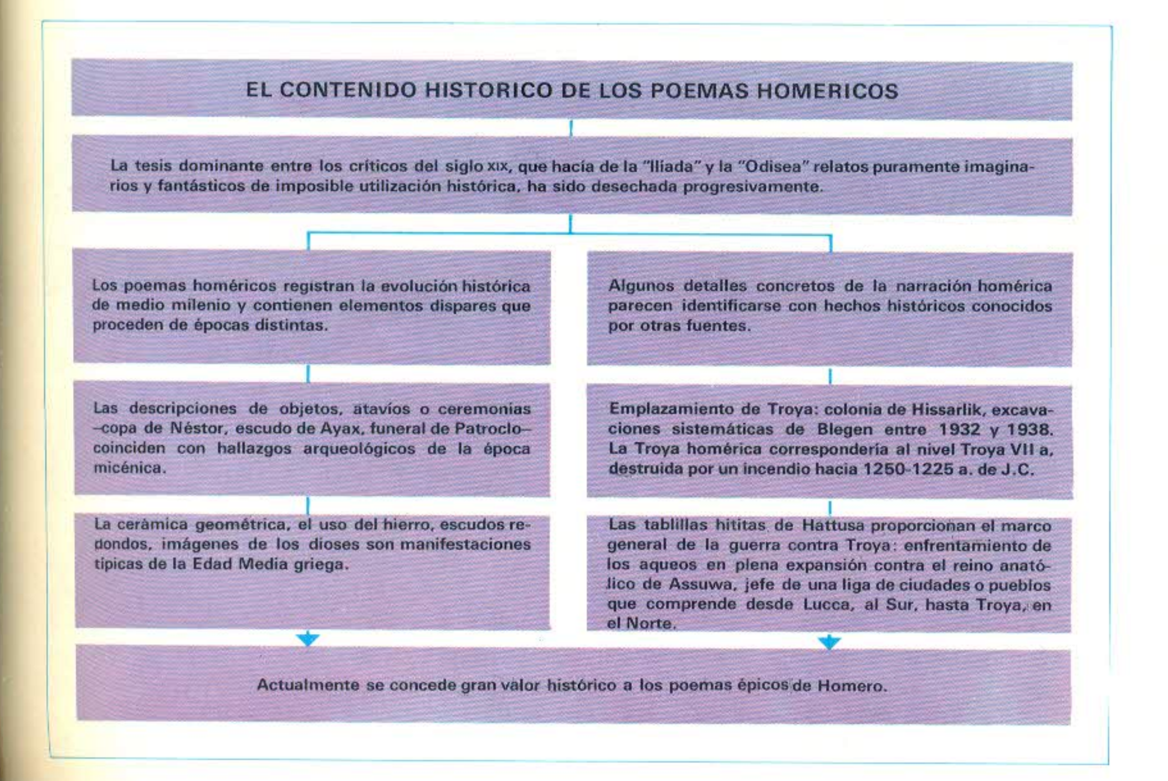


Relieve de un friso hallado en Cnido, que representa un combate entre griegos y troyanos (Museo de Delfos).

revista con sus propias armas y salga a rechazar a los victoriosos troyanos.

Pero Héctor mata a Patroclo y se apodera del escudo y coraza de Aquiles y a éste no le queda otro remedio que combatir personalmente. Los dioses procuran a Aquiles nuevas armas, fabricadas por él propio Vulcano, y revestido con ellas, Aquiles vence a Héctor y vuelve arrastrando su cadáver al campamento, aclamado por la multitud de los aqueos, que respiran al fin, libres de su poderoso enemigo. Aquí debería acabar, según los eruditos, el poema de la cólera de Aquiles, pero el poeta lo hizo seguir de un penúltimo canto en que narra los funerales de Patroclo y de otro canto final con el rescate del cadáver de Héctor. El viejo Príamo, padre de Héctor, llega de noche al campamento de los aqueos, fiando en la hospitalidad de Aquiles; se arroja a sus pies, y hablándole de su anciano padre, que está lejos, acaba por conmover a Aquiles, y éste entrega a Príamo el cadáver de su hijo para que se le hagan en Troya honrosos funerales. Con esto acaba la *Ilíada*.

La cólera de Aquiles, contenida en los veinticuatro cantos de la *Ilíada*, no es más





Troilo, el hijo menor de Príamo, muerto por Aquiles, representado en el fresco de una tumba etrusca perteneciente al siglo VI a. de Jesucristo.

que un episodio que abarca un período de cincuenta y un días de los diez años que duró el sitio de Troya. Pero el poeta o los poetas han concentrado en estos cincuenta y un días todo el interés histórico de la guerra de Troya, con alusiones a sus preparativos y consecuencias, y además han logrado darle vida con la pintura de pasiones y caracteres de unos héroes que se quieren o se detestan. No es, pues, la historia de una campaña, sino un cuadro de vida admirable. Agamenón es soberbio, altivo, aunque a veces se queja de la dureza de su oficio de regir hombres. Aquiles se muestra terco, lleno de pasión y algo sombrío, con sus presentimientos de morir joven a pesar de su heroísmo. Héctor, el noble capitán de los sitiados, sabe que defiende una causa injusta y que su patria está condenada a perecer. Helena ostenta con la dignidad de una diosa su fatal y más que humana hermosura. Paris, el seductor, se hace perdonar su pecado por su juventud y gentileza. Príamo y todos los demás héroes del poema rebosan de vida, por lo que vivi-

rán mientras la humanidad tenga conciencia de lo bello.

Veamos ahora la *Odisea*. El poema empieza declarando que va a tratar de "aquel varón que por diversas tierras y naciones anduvo peregrino", esto es, Ulises. Como en la *Ilíada,* los diez años de viajes de Ulises, al regresar de la guerra de Troya, se concentran también en un período corto, que aquí es de veintiséis días. El poeta supone enterado al lector del final de la guerra de Troya, así como de muchos episodios anteriores de la vida de Ulises. La *Odisea* empieza con el viaje del hijo de Ulises, Telémaco, que parte para averiguar noticias de su padre, y acaba con la llegada de los dos a Itaca casi al mismo tiempo. El feliz encuentro de padre e hijo, la entrada de Telémaco en palacio con su padre, disfrazado de mendigo, y la terrible venganza que Ulises toma de los pretendientes que en su ausencia acudieron a Itaca para casarse con su esposa, forman una parte de la *Odisea*. La otra consiste en las aventuras marítimas de Ulises.

Mientras la *Ilíada* nos ofrece, pues, escenas de campamento y costumbres militares,

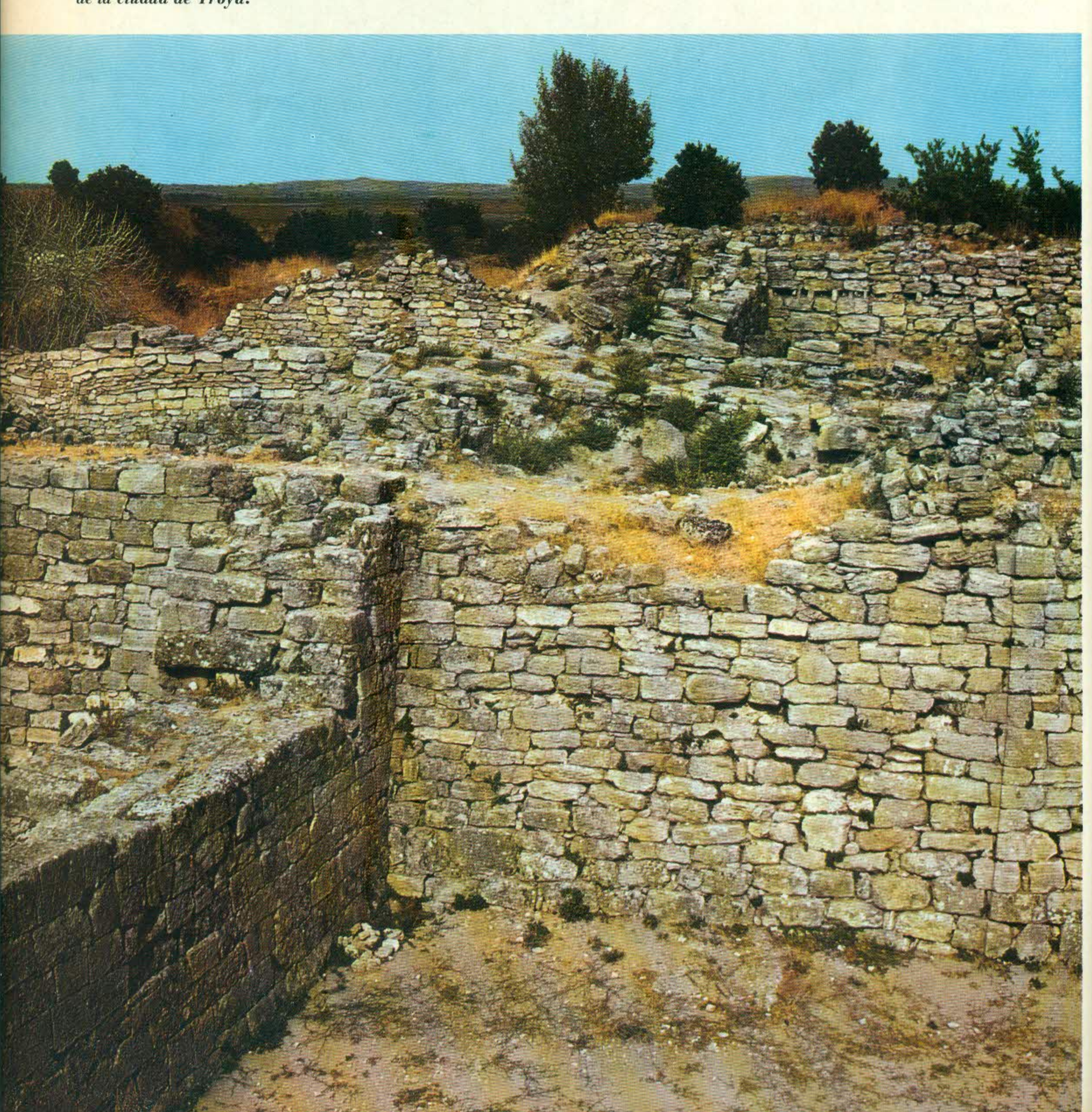


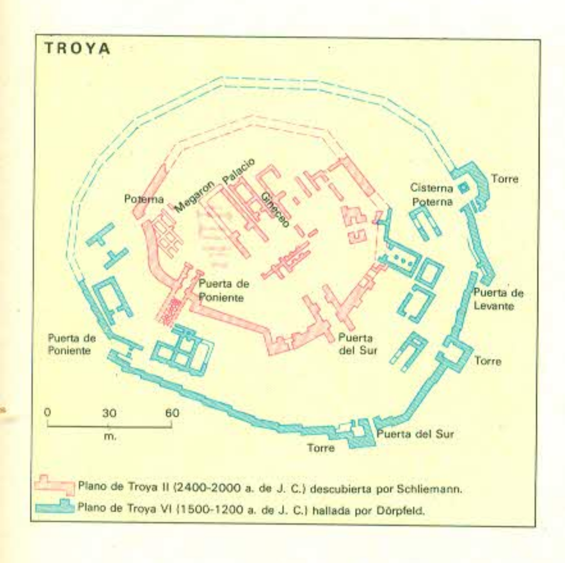
Hidria ática con representación de un guerrero a punto de montar en el carro de guerra, asistido por algunas divinidades (Kunsthistorisches Museum, Viena).

Relieve de un sarcófago ático, procedente de Toscana, de la segunda mitad del siglo III de nuestra era que representa un episodio de la vida de Aquiles (Museo Capitolino, Roma).

la *Odisea* nos presenta la vida de palacio en tiempo de paz. Telémaco, en busca de su padre, va a Esparta y allí se introduce en la residencia de Menelao y de Helena, que ya están de regreso y viven otra vez como marido y mujer. Mientras tanto, Ulises, ya cerca de Itaca, es acogido náufrago por Alcinoo, rey de una isla de la costa occidental de Grecia llamada isla de los feacios, y allí pasa dos o tres días. Finalmente, se describen con prolijo detalle las dependencias todas del palacio del propio Ulises en Itaca, la vida de los grandes y sus sirvientes, pastores, porqueros; sus muebles, establos, etc. De manera que en tan corto espacio de tiempo se nos hace la presentación de la vida doméstica en tres aspectos: en la corte de Menelao, en la casa de Alcinoo y en el palacio de Itaca. No es, pues, información de la vida diaria lo que nos falta después de haber leído la *Ilíada* y la *Odisea*. La geografía de los poemas homéricos es de gran exactitud por lo que se refiere a la propia Grecia y la Tróade; pero más allá de este círculo, Ho-

Aspecto de las excavaciones de la ciudad de Troya.



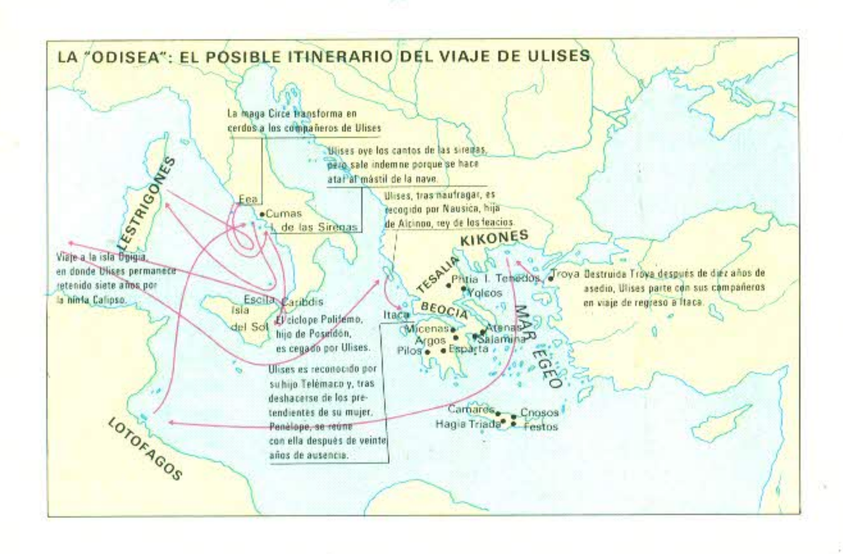


mero se pierde en fantásticas regiones de cíclopes, etíopes, lestrigones, gigantes y demás seres imaginarios.

En cambio, ya hemos dicho que Troya está admirablemente descrita: es la "ventosa Troya", a la entrada del Helesponto, que han encontrado los arqueólogos. El llano alrededor de las ruinas de Troya muéstrase hoy pelado y seco, y los árboles son allí tan raros como en tiempo de Homero, que sólo menciona una higuera y una encina como detalles sobresalientes del paisaje. El río Escamandro es el moderno Mendere, y la cumbre del Ida se puede ver desde el llano de Troya, como cuando aqueos y troyanos peleaban por Helena. Según Leaf, los valles y montañas, la flora y la fauna de los alrededores de Troya están admirablemente descritos en la *Ilíada*. Parece como si su autor hubiera visitado la Tróade para empaparse de realidad antes de empezar a componer su poema. La fortaleza de Troya está también descrita con detalles que se reconocen en las ruinas: las murallas con sus puertas y torres de gran altura; tan sólo los palacios resultan exagerados. Troya era más bien una fortaleza-castillo que una ciudad; a lo sumo, podía albergar dos o tres mil guerreros. Apoyada, sin embargo, en el macizo del Ida, no debían de faltarle auxilios, víveres y aliados de las montañas vecinas, y así se explica que una ciudad tan pequeña desafiara al ejército de los aqueos durante tan largo tiempo. Es probable que en esto también exagerara Homero y que el sitio no fuera tan largo ni la expedición tan numerosa como nos da a entender en la *Ilíada*. De la coalición de los aqueos, siete estados se pueden considerar como principales: son éstos Micenas, Esparta, Argos y Pilos, en el Peloponeso; el reino de Phtia, en Tesalia; el grupo de los beocios, y finalmente Creta. Otros, como Itaca, Atenas y Salamina, tienen importancia por estar a veces representados por héroes excepcionales que influyen en los sucesos por su valor personal, como Ulises y Áyax, pero sus ejércitos son fuerzas pequeñas de cuyo auxilio podía prescindirse.

Ahora bien, la pregunta que inmediatamente cabe hacerse es ésta: ¿quiénes son esos troyanos y quiénes esos aqueos que combaten con ellos en la entrada de los Dardanelos? ¿Son descendientes unos y otros de los habitantes de las ciudades y castillos

Detalle de un vaso griego, decorado por el pintor de Amasis, que muestra a dos guerreros con vestidos y armaduras parecidos a los que usarían los combatientes de la guerra de Troya (Museo del Louvre, París).



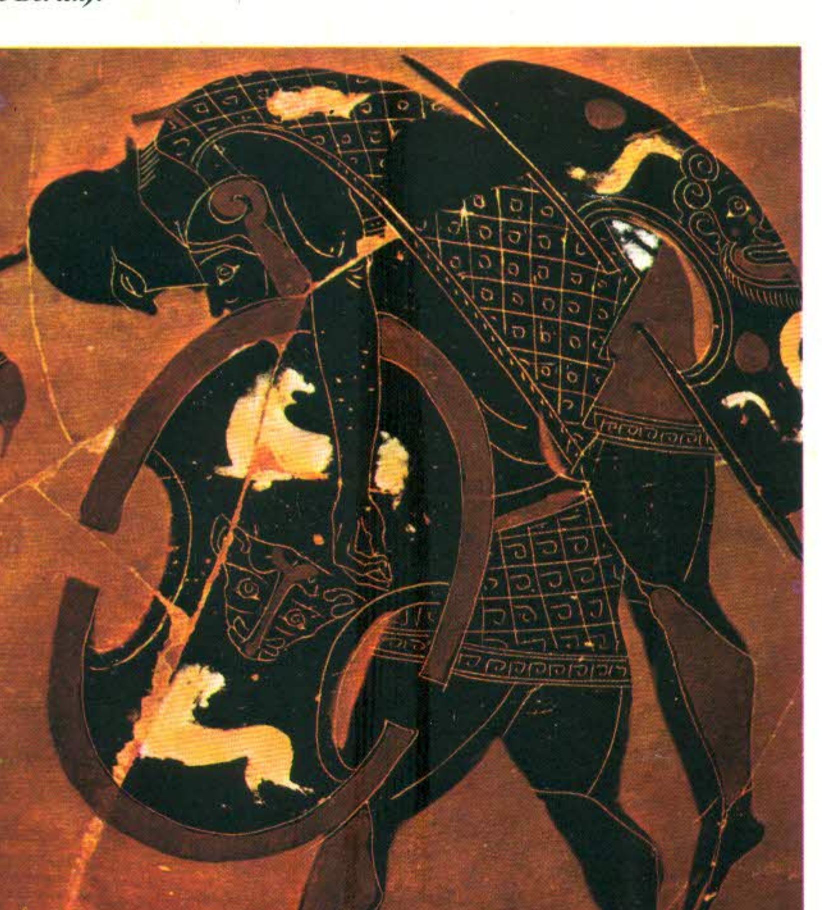
prehelénicos, o son ya extranjeros que representan a una nueva raza y van a iniciar otro tipo de civilización?

En el volumen primero de esta obra ofrecimos un cuadro aproximado de la cultura que hemos llamado minoica o prehelénica, la que construyó los palacios de la isla de Creta y de Micenas, mansiones que suponíamos podían haber sido obra de gentes de raza mediterránea que habitaban Grecia y las islas desde tiempo inmemorial. Por lo menos, se veía en Creta y en las islas los comienzos de esa cultura desde el IV milenio antes de J. C. ¿Serían, pues, aqueos y troyanos sus últimos representantes? En Creta y Micenas había palacios, pinturas y cerámica, pero eran objetos y ruinas mudos, porque no teníamos acerca de ellos información escrita; aquí, en cambio, la tenemos con los poemas homéricos. Hay, pues, entre los palacios de Creta y Micenas (que datan por lo menos del siglo XII a. de J. C.) y la *Ilíada* y la *Odisea* (que pertenecen al VII o IX, cuando más) una laguna de tres siglos, que parecen haber sido de grandes cambios políticos y profunda decadencia material.

¿Es que, espiritualmente, la destrucción de la civilización prehelénica no fue tan completa como nos figuramos y Homero, para sus poemas, pudo aprovechar cantos populares y tradiciones que se conservaban todavía vivas en el siglo IX, cuando los palacios prehelénicos estaban ya abandonados? Esto parece lo cierto; que Homero refleja, idealizándola, una cultura anterior al tiempo en que vivía. Confiesa él mismo que habla de un pasado heroico; dice que aqueos y troyanos usan armas y manejan piedras que "dos de los actuales hombres no podrían mover". Así no hay duda que Homero emplea en sus dos epopeyas citadas leyendas más antiguas, engrandeciéndolas con la romántica aureola que les han puesto los siglos. Pero esto no contesta a la pregunta: ¿son aqueos y troyanos descendientes de las gentes prehelénicas? Porque Homero podría haber atribuido a otra raza nueva, para adularla, tradiciones de una aristocracia desaparecida. Hay casos parecidos de esta transfusión de leyendas de un pueblo a otro, lo que podríamos llamar "parasitismo espiritual", y Homero parece pecar por este lado. Admira la antigüedad y se esfuerza en no afear su poema con anacronismos de cosas modernas.

A veces se le escapa algo que revela una mayor familiaridad con el hierro, por ejemplo, de la que manifiestan sus héroes; pero, con gran perspicacia, Homero esconde al punto sus conocimientos, insistiendo en el cuadro de la cultura prehelénica. Sus palacios, sus armas, sus costumbres, todo parece adaptarse al tipo de civilización que revelan las ruinas de Creta, de Tirinto y de Micenas. En cambio, ninguno de los héroes de la *Ilíada* es capaz de hacer remontar su ascendencia más allá de la cuarta generación. Aquiles, por ejemplo, es hijo de Peleo y de una diosa. Los caudillos troyanos igualmente: tanto la casa de Príamo como la

Detalle de una ánfora ática del siglo VI a. de J. C. que representa a Áyax transportando el cadáver de Aquiles (Museo de Berlín).





Decoración de una hidria griega del siglo V a. de J. C. que representa a los héroes aqueos Áyax y Ulises peleando por apropiarse de las armas de Aquiles tras la muerte de éste a manos de Paris (Museo Británico, Londres).

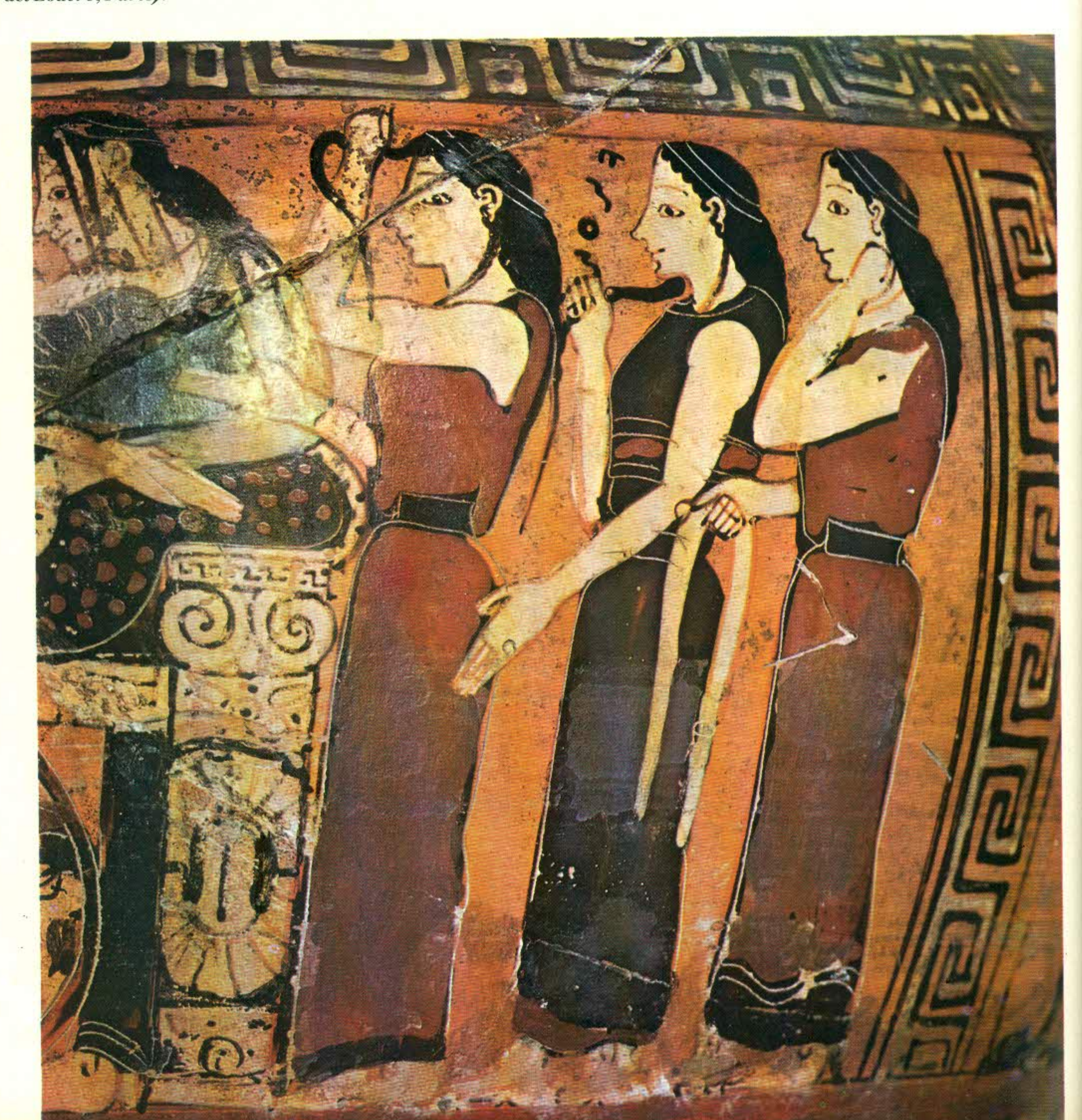
familia de Eneas (que se puede considerar como una rama lateral de la dinastía troyana), todos acaban sus recuerdos genealógicos en la cuarta generación y han de recurrir a un dios para explicar el origen de su raza. He aquí el caso de Agamenón: su padre Atreo era hijo de Pelops y éste de Tántalo, el famoso titán. Bien claro quiere esto decir que los aqueos representaban dinastías nuevas; además, el Olimpo está al Norte, lo cual parece insinuar que de allí habían llegado. También es un dato curioso que Helena, arquetipo de belleza para los aqueos, sea rubia, como rubios (o ζανθός) son Menelao y Radamanto. Esto hizo creer que los aqueos eran invasores de tipo alpino, que desde el valle del Danubio se infiltraron gradualmente hacia el Sur, suplantando con una aristocracia de nuevo cuño la vieja organización monárquica de la Grecia prehelénica.

Hoy se duda que los aqueos fuesen realmente extranjeros. Los poemas homéricos no dejan vislumbrar el menor recuerdo de una invasión. Más probable parece que la carencia de antepasados de los héroes aqueos demuestre un origen humilde más bien que la existencia de otra raza. Recordemos que al pie del castillo de Tirinto y fuera de los muros de Micenas había una población suburbana que tenía otras costumbres, por lo menos otro sistema de enterramiento, y hasta otros gustos en su cerámica que los peculiares de la gente de la acrópolis real. Según la leyenda homérica, la generación anterior a la de la guerra de Troya marchó a sitiar la ciudad de Tebas y la destruyó tan completamente como Agamenón y sus aliados destruyeron a Troya. Durante toda una generación, Tebas quedó despoblada, no hubo más que la Hipo-Tebas o ciudad baja. He aquí, pues, un caso clarísimo de recibir la ciudad inferior, el barrio extramuros como diríamos en la actualidad, un trato mucho más benévolo del que recibió la ciudad murada, acaso porque los aqueos tu-

vieron para esta ciudad baja complacencias motivadas por una identidad de raza.

Lo más sorprendente todavía es cómo Homero se constriñe a su antigüedad. De ser cierta esta teoría que estamos explicando, Homero sería un arqueólogo consumado. Por ejemplo, en el siglo IX a. de J.C., que es cuando escribe Homero, el caballo debía de ser muy común en Grecia, pero en la *Ilíada* aqueos y troyanos montan a caballo sólo en ocasiones especialísimas. No tienen caballería; únicamente emplean los caballos para uncirlos a los carros de guerra; en la *Ilíada* el caballo es un animal precioso, engendrado por otro caballo divino o regalo de un dios. Los troyanos son designados con el epíteto de "domadores de caballos"; en contraposición, a los aqueos se les llama "destructores de ciudades". En el Ida hay una raza de caballos que procede del cruzamiento con caballos del Olimpo. Todo hace creer que la tan ponderada riqueza de los troyanos era resultado del comercio que hacían con los caballos. De las estepas centrales de Asia, donde se habían domesticado primeramente, los caballos llegarían, por el comercio con los hititas, hasta el Helesponto. Allí los troyanos los pasarían en balsas o armadías a la costa europea, donde Príamo tenía un campamento. De allí los corceles famosos de Asia debían de llegar por tierra hasta Macedonia y Tesalia. Este tráfico puede ser una explicación, ya lo hemos dicho, para las riquezas de Troya, tan ponderadas por Homero. Otros han querido ver la fuente de su prosperidad en los

Detalle de la decoración de una hidria corintia del siglo VI a. de J. C. que representa a unas plañideras aqueas en duelo tras la muerte de Aquiles (Museo del Louvre, París).



crecidos derechos que exigía a los buques que pasaban el estrecho. Pero los troyanos no tenían armada; ninguno de ellos se alaba de viajar por mar, como Ulises, que es hoy prototipo del navegante; más aún, en la *Iliada* se dice que un príncipe aqueo llegó a Troya ya para enseñar a construir buques a Príamo y a sus hijos. Mal podían imponer, pues, tributos ni gabelas gentes que tenían que contentarse con cruzar el estrecho, sin poder navegar por alta mar. En cambio, los caballos apresados delante de Troya son los que corren en las carreras que organizan los aqueos durante los funerales de Patroclo, el amigo íntimo de Aquiles.

Queda por averiguar si los troyanos son de raza prehelénica, como los aqueos. En Homero, aqueos y troyanos parecen dotados



Caja griega de cerámica del siglo VIII a. de J. C. (Museo de Cerámica, Atenas).

DE LA SOCIEDAD MICENICA A LA GRECIA DE LOS SIGLOS OSCUROS (1200-800 A. DE J. C.)

LA CIVILIZACION MATERIAL

Los yacimientos arqueológicos micénicos son muy ricos, caracterizados fundamentalmente por tumbas de inhumación, cerámica decorada, ajuares de bronce.

Los restos arqueológicos fechados entre el siglo XII y el VIII a. de J. C. son pobres y se caracterizan por la cerámica geométrica, el uso del hierro y la introducción de prácticas incineratorias.

Tanto los palacios y recintos fortificados como las grandes tumbas micénicas son desconocidos en el período posterior a la invasión doria.

LA ORGANIZACION ECONOMICA

La sociedad micénica es fundamentalmente agraria. La propiedad de la tierra dicta los servicios a prestar a la comunidad y la jerarquía social.

Los intercambios comerciales son frecuentes con el exterior; construcción de vías de comunicación y extensión de la influencia micénica por toda la península y el Egeo.

Las tablillas halladas en la ciudadela micénica de Pilos nos dan noticias de numerosos oficios; el poblado de Barbati, a poca distancia de Micenas, excavado recientemente, aparece como un pequeño pueblo industrial dedicado enteramente a la alfarería.

Con la invasión doria y la anarquía subsiguiente desaparecen la mayor parte de las actividades artesanales y la industria se dedica a una producción local.

La sociedad griega posmicénica es casi exclusivamente una sociedad agraria.

La navegación deja de ser una práctica corriente durante la Edad Media griega.

La propiedad de la tierra escinde la sociedad en tres clases principales: grandes terratenientes, propietarios de pequeñas parcelas, jornaleros asalariados empleados temporalmente.

LA ORGANIZACION POLITICA

Centralización política y social bajo un soberano –"wanax"– que controla a los grandes propietarios de tierras, a los nobles y a la clase guerrera.

La unificación política y la centralización micénica desaparecen en los siglos siguientes.

Fragmentación territorial, autonomía local, pequeños principados independientes.

La escasa fertilidad de la tierra perjudica a los pequeños propietarios, que en caso de mala cosecha deben hipotecar sus tierras y personas. Progresiva extensión de los grandes dominios, ampliación del número de jornaleros y de hombres independientes. Acrecentado su poder económico, los grandes propietarios dominan políticamente a sus vecinos y vasallos.

de idéntico lenguaje y se tratan como gentes de la misma sangre, pero más seguro es que algunos de los aliados de los troyanos sean de raza asiática. Homero hace alusión a sus gritos incomprensibles. Los troyanos debieron de ser una avanzada de la misma raza prehelénica en tierras pobladas por otras gentes, con las que viven en armonía. La situación de Troya, en la entrada del estrecho, es muy favorable; cuando la guerra europea de 1914-1918, los aliados cometieron el error de desembarcar en Gallípoli en lugar de hacerlo en Troya.

Representación en una ánfora griega del cíclope Polifemo y Ulises escondido bajo el vientre de una oveja del rebaño del gigante para poder salir de la cueva.



Sean quienes fueren aqueos y troyanos, un mundo nuevo aparece en los cantos de Homero. Todo lo que la humanidad ha producido antes resulta bárbaro, salvaje, sin valor, comparado con la *Iliada* y la *Odisea.* Homero cuenta los dolorosos episodios de una lucha encarnizada cuerpo a cuerpo, pero manifiesta ante la sangre derramada una piedad que antes de él no se conocía en el mundo. En la *Iliada* los héroes generalmente combaten a pie, bajan del carro que los ha llevado a la palestra y desafían a su adversario, amparados con el escudo. Además del casco, llevan coraza y loriga de bronce para proteger los muslos, pero su principal defensa es el escudo, formado de varias piezas de cuero con placas de bronce; lo suficientemente grande para cubrir al guerrero, aunque a veces no es bastante recio para detener la lanza enemiga. En ocasiones el guerrero, que está escondido detrás del escudo y no puede ver la lanza contra él arrojada, es sorprendido y atravesado por ella, que ha perforado el cuero y el bronce. Si el escudo resiste, entonces le llega su turno y arroja la pica. Si ninguno de los dos consigue alancear a su contrario, entonces tiene lugar un duelo a espada; pero los héroes homéricos prefieren la pica, y aun atacan al enemigo arrojándole enormes piedras; otros son muy diestros en tirar al arco, pero no hay combinación ninguna de esfuerzos en el combate, la estrategia no puede ser más primitiva.

Y, sin embargo, estos guerreros que tan furiosamente se persiguen por el llano polvoriento de la Tróade, poseen una riqueza de sentimientos que nos sorprende todavía. Sus odios, como sus amores, son nobles; no hay la menor alusión a vicios contra natura; la amistad, la hospitalidad, la tregua son cosas sagradas. Padres e hijos se quieren con amor entrañable; las mujeres de la *Iliada* y la *Odisea* empiezan a manifestar con su belleza, dulzura y piedad el aspecto femenino de la humanidad, haciéndose dignas del lugar que han conseguido en la familia. Para acabar, traduciremos unos párrafos de la *Iliada,* incluyendo el fragmento de la despedida de Héctor de su esposa Andrómaca, a la puerta de la muralla, antes de partir para el combate del que no había de volver:

"...Así habló la despensera, y Héctor, saliendo presuroso de la casa, desanduvo el camino por las bien trazadas calles. Tan luego como, después de atravesar la gran ciudad, llegó a las puertas Esceas, por donde había de salir al campo, corrió a su encuentro su esposa Andrómaca, hija del magnánimo



"Ulises y las sirenas", por E. Calvert (Birmingham Art Gallery). Aunque los griegos denominaban como sirenas a unos extraños animales con cuerpo de ave y cabeza humana, los artistas posteriores suelen representarlas como mujeres-pez o simplemente en forma de doncellas.

Eetión, el que vivía al pie del selvático Placo, en la ciudad de Tebas, y era rey de los cilicios. De este Eetión era hija Andrómaca, la esposa de Héctor, el de la armadura de bronce. Ella le encontró entonces, acompañada de la nodriza, que llevaba sobre el pecho al tierno infante, hijo amado de Héctor, a quien el padre llamaba Escamandrio y los demás Astiánax, porque sólo por Héctor se salvaba Troya. Vio el héroe al niño y sonrió. Andrómaca, llorosa, se detuvo a su lado, y asiéndole de la mano, llamóle por su nombre, diciendo:

"–Dueño querido, tu valor te perderá. ¿No te apiadas del tierno infante ni de su madre infortunada, que pronto será viuda, porque los aqueos te acometerán y acabarán contigo? Mejor sería para mí bajar al sepulcro que perderte, porque si mueres no habrá consuelo para mí, sino pesares. Padres no tengo; mató a mi padre el divino Aquiles cuando arrasó la populosa ciudad de los cilicios, Tebas la de altas puertas. Mató a mi padre y sin despojarle, por el religioso temor que le entró en el ánimo, quemó el cadáver con las labradas armas y le erigió un túmulo, a cuyo alrededor plantaron álamos las ninfas Oréadas, hijas de Zeus. Mis siete hermanos, que habitaban en el palacio, descendieron al Hades el mismo día, pues a todos los mató el divino Aquiles, el de los pies ligeros, entre los bueyes de lánguida andadura y las ovejas de blanco vellocino. A mi madre cogió como botín, mas rescatada por precio inaudito, volvió a la paterna casa y allí fue muerta por la flechera Diana. Ahora, Héctor, tú eres mi padre, mi madre venerada y mis hermanos; tú, mi esposo amado. Ten, pues, piedad y quédate en la torre, a menos que no quieras dejar huérfano a tu hijo y viuda a tu esposa. Coloca a tus guerreros junto a la higuera por donde la ciudad es vulnerable. Ya por tres veces los enemigos han intentado llegar allí; un adivino les habrá revelado este punto flaco, o por su propio impulso se mueven hacia él, aunque inútilmente.

"Contestó Héctor, el del casco reluciente: –Todo esto me preocupa, esposa mía, pero ¡qué vergüenza si como un cobarde huyera del combate ante los troyanos y las troyanas! Más aún, mi corazón repugna a ello, que aprendí a ser valiente y a luchar al frente, manteniendo la fama de mi padre y aun la mía. Cierto, que bien lo sé, y lo presiente el alma, que ha de llegar un día en



Detalle de una hidria que representa a la ninfa Calipso ofreciendo un cofre a Ulises en el curso de su viaje de retorno a su patria, Itaca (Museo Nacional, Nápoles).

que perezcan la sagrada Troya y Príamo y su pueblo de lanceros. Pero ni la angustia de los troyanos, ni aun de mi madre Hécuba, ni de mi padre Príamo, ni de tantos valientes hermanos que caerán aquel día a manos de los aqueos, me preocupan tanto como la que padecerás tú, cuando alguno de los aqueos de broncínea armadura te llevará llorosa, quitándote la libertad. Y luego en Argos, al servicio de otra mujer, tejerás tela, e irás por agua a la fuente Messeya o Hipereya, triste porque la dura necesidad pesará sobre ti. Y alguien dirá, al verte en lágrimas deshecha: Esta fue la esposa de Héctor, el guerrero que más se distinguió de los troyanos, de potros domadores, cuando luchaban alrededor de Troya. Esto dirán, y un pesar nuevo sentirás al verte sin el marido que pueda libertarte, pero yo espero que un montón de tierra cubrirá mi cadáver antes que pueda oír los gritos que tú lances cuando te lleven al cautiverio.

"Así diciendo, el glorioso Héctor tendió los brazos a su hijo y éste se recostó llorando en el seno de la nodriza de bella cintura, por el temor que el aspecto de su padre le causaba: dábanle miedo el bronce y el terrible penacho de crines de caballo que veía ondear en la cresta del yelmo. A esto sonrió el padre tiernamente y la madre también; quitóse Héctor el yelmo y, dejándolo en el suelo, tomó a su hijo y besóle, meciéndolo en sus brazos, y así rogó a Zeus y otros dioses: –¡Oh Zeus, y vosotros, inmortales! Concededme que este hijo mío sea, como yo, egregio entre los troyanos y que, valiente y poderoso, sea un día el gran rey de Troya. Puedan decir de él: "Más grande es que su padre", cuando regrese del combate y, cargado de cruentos despojos de los enemigos a quienes haya muerto, regocije el alma de su madre, que esperaba ansiosa.

"Esto dicho, puso al niño en brazos de la esposa amada, que, al recibirlo en el perfumado seno, sonreía con el rostro aún bañado en lágrimas. Notólo Héctor y, compadecido, acaricióla con la mano y así le habló: –¡Esposa querida! Yo te lo ruego, no dejes que tu alma se llene de dolor, pues nadie me enviará al Hades antes del tiempo dispuesto por los dioses, y de esta suerte no puede librarse nadie. Vuelve a casa, a tus quehaceres del telar y de la rueca, y ordena a las sirvientas su tarea cotidiana, que de la guerra

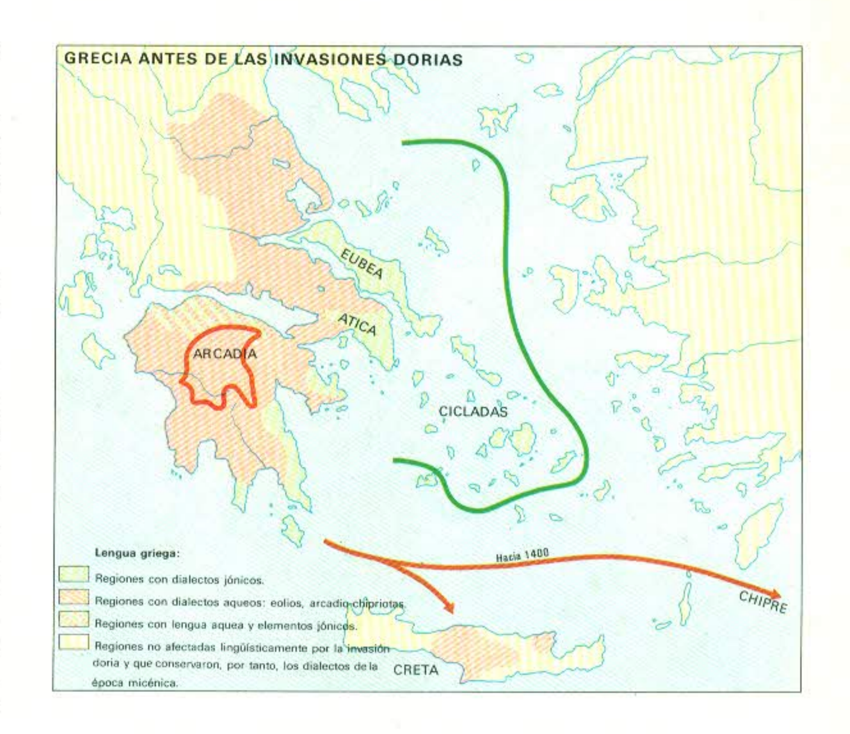
nosotros cuidaremos, cuantos varones en Troya nacimos, y yo el primero.

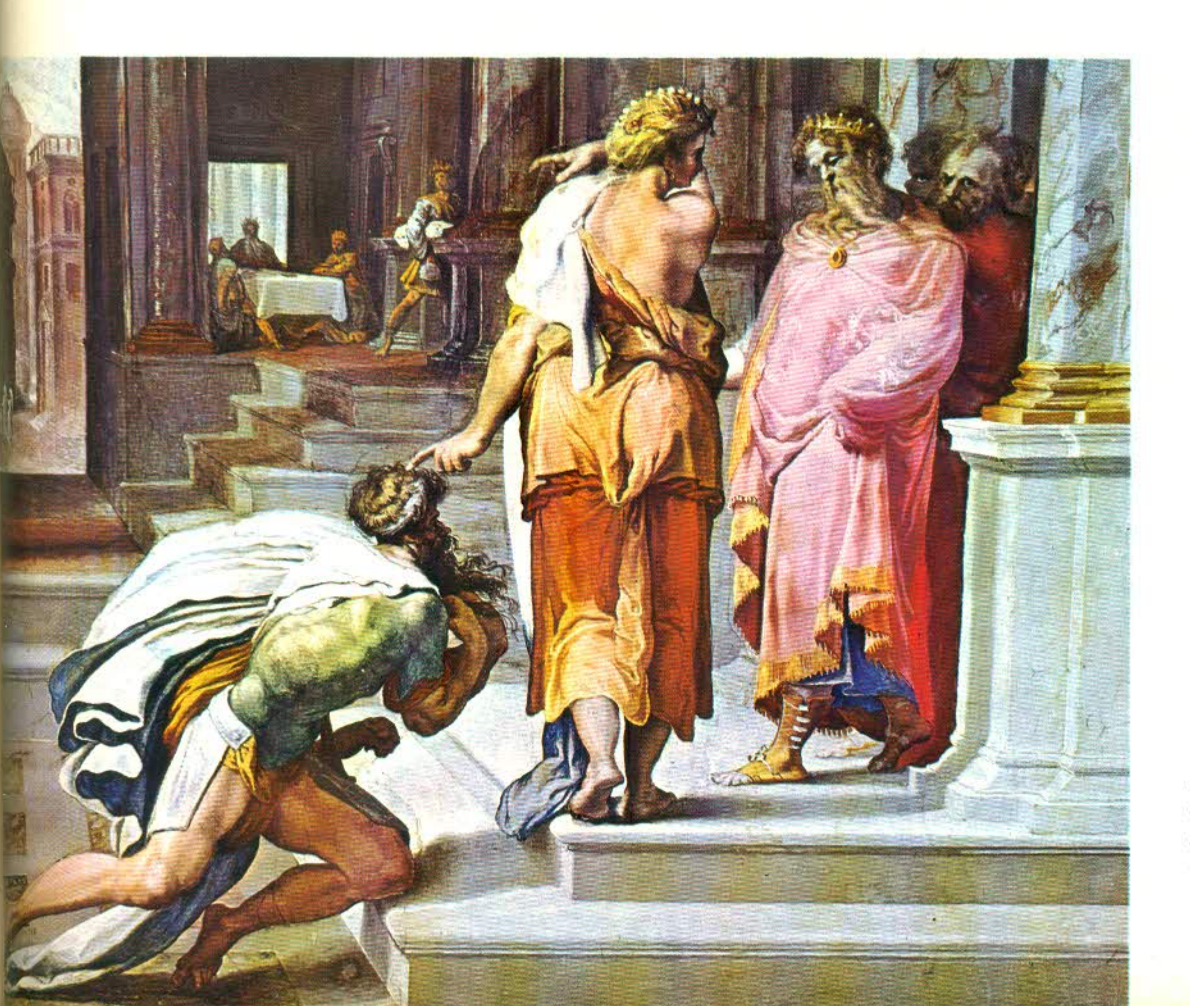
"Dichas estas palabras, el preclaro Héctor se puso el casco, adornado con crines de caballo, y la esposa amada regresó a su casa, volviendo la cabeza de cuando en cuando y vertiendo copiosas lágrimas...".

Esto se escribía en versos de insuperable belleza al principiar el primer milenio antes de Jesucristo.

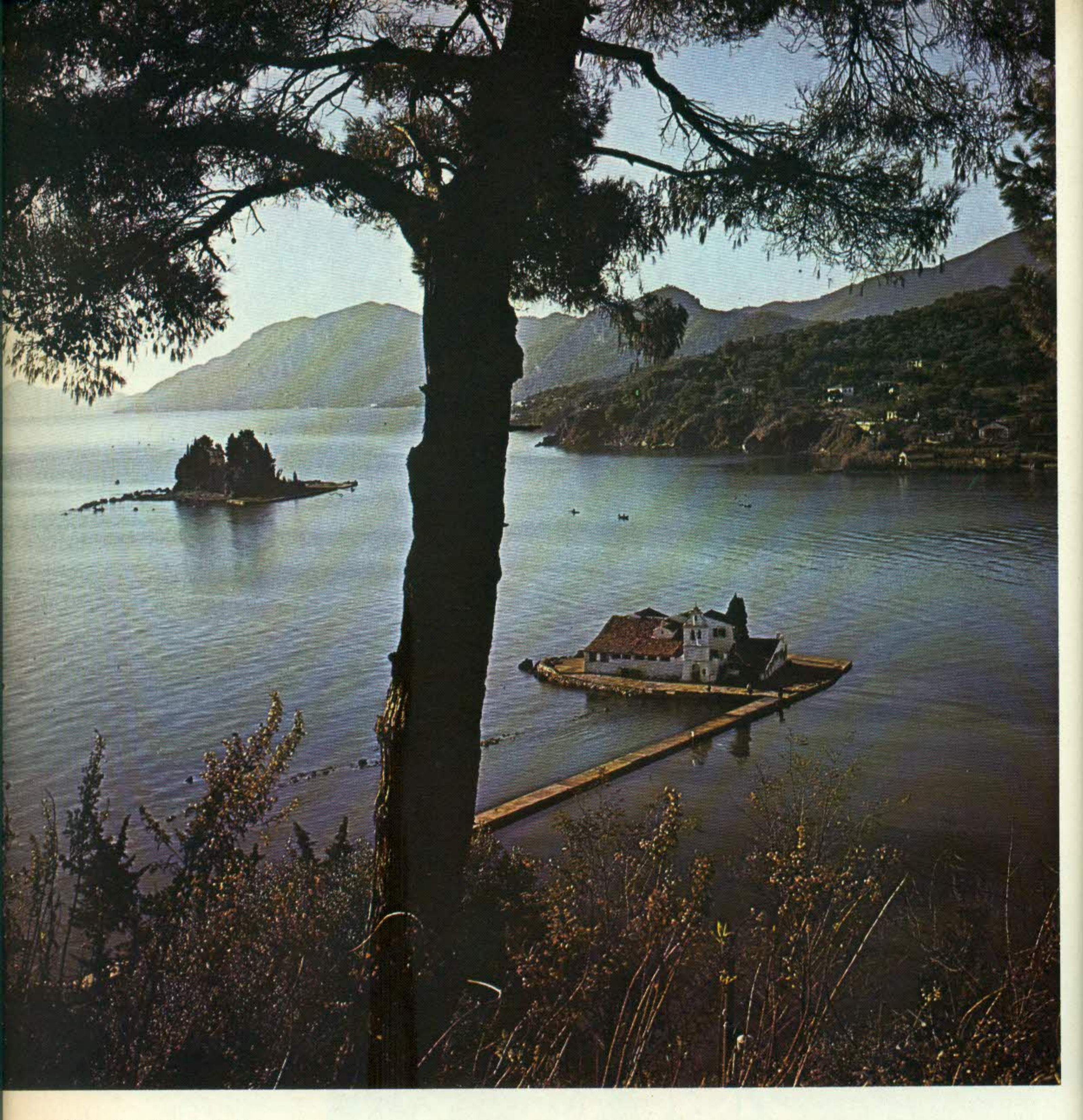
Aparecen ya aquí todas las virtudes europeas: el sentimiento del deber, del honor, la generosidad, la piedad, la amistad, hasta el decoro y el pudor. Héctor y Andrómaca se separan sabiendo su destino fatal, pero no se conceden un último beso de despedida.

No son únicamente virtudes morales las que manifiestan los héroes de la *Ilíada:* como buenos europeos, tienen capacidad de invención para resolver problemas que requieren artificio. La *Odisea* describe el regreso de Ulises, rey de Itaca, una isla en el oeste de Grecia. Durante los diez años de la guerra, Ulises interviene poco en las batallas, su ingenio se despliega como moderador en los consejos de los capitanes. Por fin, cuando han muerto los dos grandes, Aquiles y Héctor, Ulises inventa la estratagema de pedir a los troyanos que permitan introducir en la ciudad sitiada un exvoto que será un gigantesco caballo de madera para propiciar a Neptuno. Este debe favorecerles en el viaje de regreso. Hacen así el gesto de querer abandonar la guerra y volver pacíficos a sus hogares. Pero dentro del caballo que aceptan los troyanos van escondidos algunos aqueos que por la noche abrirán las puertas de la ciudad. Así cae la opulenta Troya, víctima de una falacia. Por esto a





Ulises es presentado por Nausica a su padre Alcinoo, rey de los feacios, en el palacio real, según pintura de P. Tibaldi (Palacio Pozzi, Bolonia).



Vista de la isla de Corfú, antigua Feacia de los griegos, adonde llegó Ulises y fue ayudado por el rey Alcinoo a regresar a su patria.

Ulises se le califica de gran embustero. En el viaje, que dura otros diez años, sortea peligros incontables y siempre utiliza falsedades y estratagemas para engañar a gigantes, sirenas, ninfas, antropófagos y piratas. Ulises no sólo evita los daños que le amenazan, sino que el gran embaucador consigue rebaños y tesoros.

He aquí otra función de Ulises que es característica del hombre occidental europeo. Ulises no se arriesga con el fin de enriquecerse, y si gana en sus aventuras y viajes no es para amasar una fortuna, como haría un semita, sino para obtener satisfacción de sus esfuerzos. Tiene curiosidad moderna, casi científica: quisiera oír el canto de las sirenas. Pero, persuadido del peligro que corre, Ulises tapa los oídos de los marineros con cera y se hace atar al mástil de la nave... No podrá hacer caso de las sirenas, pues lo que le empuja a viajar es el regreso a su patria, Itaca, donde había dejado una amante esposa; un hijo, el prometedor Telémaco; una casa y numerosa servidumbre.



Pintura en un vaso griego que representa el reconocimiento de Ulises por los suyos a su llegada al palacio de Itaca (Museo Etrusco, Chiusi).

RECURSOS ECONOMICOS EN LA GRECIA HOMERICA

En comentarios anteriores hemos expuesto los más importantes organismos gubernativos de la Grecia homérica y las principales células de su organización social. Nos quedan por citar los mejores recursos de que disponía y cómo estaban distribuidos entre la población.

Los más destacados medios de vida de la Grecia homérica eran la agricultura y la ganadería.

Homero no es la única fuente literaria de este período. Otro poeta, Hesíodo, narra las calamidades de los agricultores beocios en su obra *Los trabajos y los días,* en la que distingue una serie de edades por las que ha pasado la humanidad, llamando a su época "edad de hierro". En el desarrollo del libro el autor va dando consejos a su hermano Perses de cómo debe cultivar la tierra. Es un verdadero tratado de agricultura, en el que se exponen las normas y formas del laboreo. Sin embargo, se adivina que la tierra comienza a concentrarse en manos de la aristocracia, como lo demuestra la fábula del gavilán y el ruiseñor. En ella, un gavilán que tiene un ruiseñor entre las garras, símbolos de la aristocracia y el pueblo, le dice: "Infeliz, ¿por qué pías? Pues te tiene uno más fuerte que tú, allá irás donde te lleve yo, por muy cantor que seas".

Por otra parte, los poemas homéricos están llenos de alusiones a faenas agrícolas. Basta recordar los bellos trozos dedicados a la descripción del escudo de Aquiles: "Representó también una blanda tierra noval, un campo fértil y vasto que se labraba por tercera vez. Acá y allá muchos labradores guiaban las yuntas, y al llegar al confín del campo, un hombre les salía al encuentro y les daba una copa de dulce vino y ellos volvían atrás abriendo nuevos surcos y deseaban llegar al otro extremo del noval. Y la tierra que dejaban a sus espaldas negreaba y parecía labrada, siendo toda de oro. Grabó asimismo un campo de crecidas mieses que los jóvenes segaban con hojas afiladas: muchos manojos caían al suelo a lo largo del surco, y con ellos formaban gavillas. También entalló una hermosa viña de oro, cuyas cepas, cargadas de negros racimos, estaban sostenidas por rodrigones de plata... Doncellas y mancebos, pensando en cosas tiernas, llevaban el dulce fruto en cestos de mimbres...".

En la sociedad gentilicia, la tierra era propiedad de toda la comunidad, repartiéndose periódicamente los lotes de tierras llamados *cleros.* El rey tenía derecho a un lote particular, que recibía el nombre de *témenos.* A medida que se va desmembrando la sociedad homérica, asistimos a la aparición de desigualdades en los repartos de los *cleros* e incluso de individuos sin tierras. Estas luchas quedan reflejadas en Homero. En un caso nos habla de dos personas que disputan por sus linderos de tierras: "Como dos hombres altercan con la medida en la mano, sobre las lindes de campos contiguos y se disputan un pequeño espacio"; en otros, algunos personajes como Belerofonte reciben un *cleros:* "Acotáronle un hermoso campo de frutales y sembradío que a los demás aventajaba"; en otros, aparecen individuos sin tierras que trabajan como jornaleros. El sueldo de estos jornaleros queda reflejado en la *Odisea* cuando uno de los pretendientes le ofrece un puesto en sus tierras a Ulises en el momento en que éste regresa a Itaca disfrazado de mendigo: "¿Querrías servirme en mis campos si te tomase a jornal...? Yo te facilitaría pan todo el año y vestidos y calzados para tus pies".

Otro medio de vida era la ganadería. En la misma descripción del escudo de Aquiles aparecen vacas y ovejas. En otros pasajes se citan bueyes, utilizados como animales de tiro, y finalmente caballos. Los troyanos reciben el apelativo de "domadores de caballos". Algunos de los jefes aqueos reciben igualmente esta denominación, como el rey de Creta Diomedes. Ganadería y agricultura son, pues, los principales medios de vida de estos centros griegos. Las luchas que se produzcan entre ellos se convertirán muchas veces en verdaderas razzias, consistentes en robos de ganados y de cosechas.

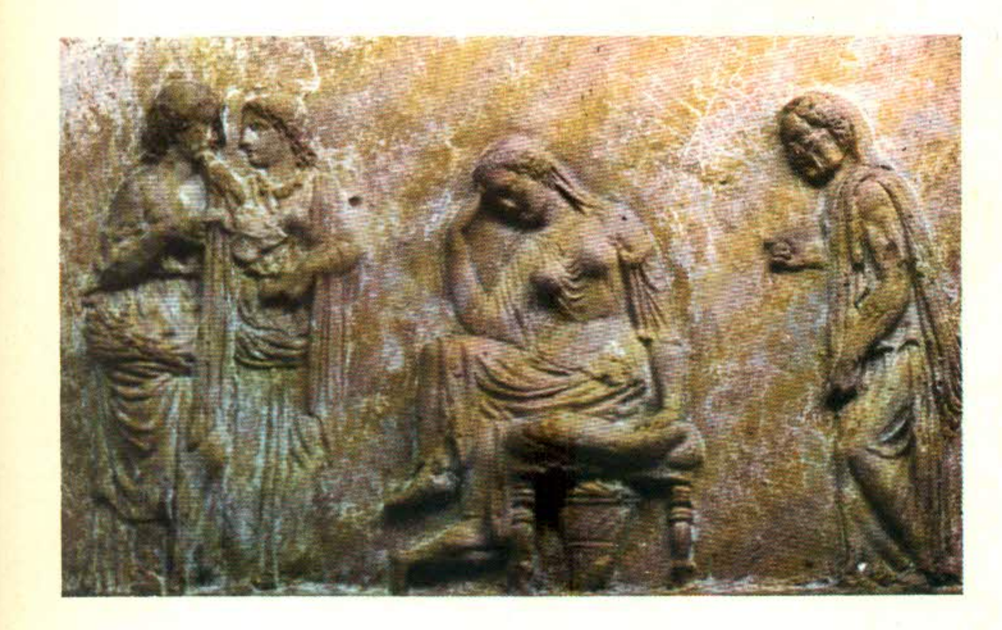
Junto a estos sectores primarios, en este período fueron surgiendo centros artesanales dedicados fundamentalmente a la fabricación de armas, objetos manufacturados, comercio, etc. La mayor parte de la producción iba destinada al autoabastecimiento, procurando cada comunidad producir lo suficiente para sí misma.

De todas formas, se comenzaba a advertir un tímido intercambio de productos, ya que aún no existía la moneda. Para este intercambio era necesario buscar un sustituto de la moneda que creara una escala de valores. Fue así como se empezó a utilizar el buey, girando todos los cambios con arreglo a su equiparación con este animal.

A. M. P.

BIBLIOGRAFIA

Adrados, F.R.; Fernández-Galiano, M.; Gil, L.; Lasso de la Vega, J. S.	*Introducción a Homero,* Madrid, 1963.
Cohen, M., y otros	*La escritura y la psicología de los pueblos,* México, 1968.
Chadwick, J.	*El enigma micénico,* Madrid, 1962.
Finley, M. I.	*El mundo de Odiseo,* México, 1966.
Gordon Childe, V.	*El comercio y la industria en Europa hasta la dominación romana,* en "Historia Económica de Europa", I, Madrid, 1967. *Evolución de la sociedad,* Madrid, 1965.
Murray, G.	*La religión griega,* Buenos Aires, 1956.
Ruipérez, M. S.	*Notes on Mycenaean Land-division and Livestock-Grazing,* Salamanca, 1967.
Thomson, G.	*Studies in Ancient Greek Society,* Londres, 1961.



Penélope en su casa, rodeada de servidoras, representada en una terracota romana del siglo I (Museo Británico, Londres).